

Rosa América Hurtarte

# Retazos de una historia

del aula a la guerrilla







ROSA AMÉRICA HURTARTE

**R**etazos  
de una  
historia



DEL AULA A LA GUERRILLA

COMISIÓN NACIONAL DE RESARCIMIENTO (CNR)

Licenciado César Augusto Dávila Gómez  
Presidente

Licenciado Eddy Orlando Armas Ocaña  
Secretario de la Paz

MSc. Dora Ruth del Valle Cobar  
Comisionada Presidencial Coordinadora de la Política del Ejecutivo en Materia de  
Derechos Humanos

Licenciada Dora Marina Coc Pup  
Representante Suplente de la Secretaría de Planificación  
y Programación de la Presidencia

Carlos Andrés Say Ajpacajá  
Director Ejecutivo Programa Nacional de Resarcimiento

007  
C007  
Programa Nacional de Resarcimiento  
2011

Autora: Rosa América Hurtarte  
Ilustraciones: Eduardo Gularte  
Diseño de portada: Sandra Corina González  
Diagramación y diseño: Jorge De León  
Corrección de texto: Jolie Totó Ryzarek

Primera Edición. Guatemala agosto, 2011

Se permite la reproducción total o parcial del presente material y se reconozcan los créditos correspondientes.

Publicación del Programa Nacional de Resarcimiento.



a 2. Guatemala, C.A. 01002



## DEDICATORIA

A mi esposo Jorge Rodolfo  
"en la calle codo a codo somos mucho mas que dos"

A mis hijos e hijas  
Especialmente a Claudia e Ingrid que se involucraron en este proyecto.

A mis nietos y nietas  
Con amor y complicidad

A mis compañeras del Instituto Normal Central para Señoritas Belén.  
Las de ayer, las de hoy y las de siempre.

Al Programa Nacional de Resarcimiento  
Que confía en mi memoria histórica

A usted con especial cariño



# Prólogo

**N**uestra admiración y gratitud al papel que asumió cada maestro y maestra en la historia de Guatemala, ilustres de la docencia que desde la época de formación en las aulas de las normales, fueron protagonistas de los avances, luchas y logros de un país que vivió un Conflicto Armado a lo interno de sus fronteras. La educación fue afectada por la necesidad que enfrentaron poblaciones enteras al desplazarse, en total 1 millón 200 mil personas, familias que sufrieron la desaparición de sus seres amados, calculados en 45 mil y/o el cruel asesinato de 250 mil personas, sin mencionar la afección directa a cinco mil niños y niñas que fueron separados de sus familias.

El magisterio nacional ha hecho historia, y lograr rescatar las memorias de cada maestra y maestro es un deseo inconcluso en la búsqueda de la verdad de nuestro pasado.

Retazos de una historia, es la prueba que encontró el Programa Nacional de Resarcimiento para dignificar la importancia del Magisterio Nacional en el rescate de nuestra memoria histórica.

Estas memorias son toda una cátedra de esa historia de Guatemala que los textos convencionales escondieron durante mucho tiempo, y que hoy salió a luz.

Nombres de personajes que parecen extraídos de historias fantásticas, pero que fueron protagonistas de episodios importantes de historia, nombres que escuchamos a veces como irreales se acercan a nuestra vida mediante la cálida narrativa de una de las escritoras borradas por la represión del Estado en Guatemala, durante los años 70.







Empiezo  
a escribir





**E**mpecé a escribir estas notas autobiográficas a raíz de haber cumplido mis bodas de oro magisteriales.

Son el reflejo de una serie de experiencias vividas dentro y fuera de las aulas. En ellas, ventura y desventura se mezclan. Difíciles y convulsos tiempos donde la paz no se vislumbraba.

No son frías notas históricas, sino “el sístole y diástole” de un corazón cuya ansiedad fundamental fue, y seguirá siendo el amor a la patria. Uela, de ahí que en mi uniforme menudeaban centellas y lazitos propios de una moda ya lejana.

Lo más cerca que estuve de relacionarme con los varones adolescentes de la “Prepa” o el “English” fue durante las matinales de los cines Lux o Palace, donde detesté a morir los zapatos de La Equitativa, porque guardaban un increíble parecido con los tanques de guerra, pues sus suelas gruesísimas bien habían podido atravesar todo el Sahara sin demorarse lo más mínimo.

Me ayudó a superar esta etapa la gentileza de mi amiga Vilma M., quien encontraba más interesante una exposición canina que ese coqueteo inocente donde la única persona que me parecía interesante era Manolo Gallardo quien dibujaba hermosos cristos en los álbumes de recuerdos (ya desaparecidos, creo) donde las rimas más tontas tenían un encanto especial para mi madre, quien me instaba a copiarlas:

Quando tengas un gatito llámalo Mimí  
jálale la cola y acuérdate de mí.

Sinceramente:

Firma.





Yo sin prestarme a sus deseos, me limitaba a escribir una frase escueta con mis mejores deseos para la dueña del álbum.

Cansada ya de este juego, opté por rendirme y le pedí a mi padre un álbum para mí, dados sus muchos contactos con los antiguos linotipistas.

¡Cuál no sería mi sorpresa cuando me lo llevó un domingo! Tenía el grosor de un ladrillo y las tapas azul desteñido; a mi lado estaba Vilma, quien pese a su educación no pudo menos de verlo horrorizada.

Papá tenía un hábito que, si bien molesto, era parte de cada domingo: saludaba a Vilma y le preguntaba –¿Cómo está su papá? Ella invariablemente respondía: –Él ya murió señor.

Durante los dos años que estudiamos juntas, este diálogo se repitió invariablemente. Me apenaba que ella se sintiera mal, pero creo que antes que yo excusara su conducta, ella ya había optado por no tomar en serio a mi progenitor.

De hecho ya nadie lo tomaba en serio, salvo, talvez, mamá o mi prima quienes cuidaban de él.

Él, atormentado por imágenes de una infancia donde su ebriedad me aterrizzaba, no entendía el gran afecto que sentía por Hilmy, quien ocupaba el primer lugar de su corazón como hija y quien lo protegió hasta el día de su muerte, recordando quizá, cuan gracioso solía ser y cómo colmaba a mi madre y a ella de regalos.

Mi ingratitud hacía él se concentró en un feo patito de plástico que me regaló alguna de las navidades en que haciendo un alto a su errática vida, se quedaba para las fiestas, desapareciendo posteriormente sin explicación alguna.

Era empleada doméstica de la casa por ese entonces, una jovencueta de tez muy blanca quien en sus rasgos parecía que llevase una máscara para ajustar una dentadura prominente que no la hacían precisamente bella, pero resaltaban la ingenuidad y la bondad de su corazón.

A veces me importunaba cuando me encontraba leyendo o dibujando, sin embargo, fue a la única persona que nunca rechacé con enojo:

–Nena: Pedro Infante va a venir a Guatemala...

–Si Tacha lo leí -respondí pacientemente-

–¿Va a ir a recibirlo al aeropuerto? -¡me fui de espaldas!, jamás fui admiradora de ningún cantante en particular. ¿De dónde le había salido idea semejante?-

–Es que talvez su abuela me da permiso para faltar, si voy con usted.

La abuela, de haber sabido de su proposición lo menos que había hecho era

llamarla "igualada". Sorprendida la miré a los ojos: eran grandes ojos vacunos, orlados por las pestañas más gachas que imaginase:

-Tacha pedile permiso y vas -le respondí enternecida-

- ¿Nena le diría usted que me de salida ese día?

-Claro -respondí- -pero no te vayas a perder, mirá que el aeropuerto está lejos y es muy grande y ni siquiera lo vas a ver de cerca.

-De conocer conozco, nena es atrasito de La Aurora, pero mire ¿y si no le gustan mis dientes?

Estuve clara, no había oído más que una parte de mi advertencia. Por lo demás sus dientes eran parejos, fuertes y, si bien sobresalían, no tenían una sola caries.

-Déjame Tacha. Voy a ver si la "Yaya" está de acuerdo.

Pedí ayuda a mis primos que reían a más no poder. La abuela dio el permiso.

La noche, antes de la venida de Pedro Infante, la Tacha entró con un rebozo tapándose la cara, se metió en su cuarto, y la oí sollozar amargamente.

Toqué la puerta

-¿Quién?, preguntó siseante

-Soy yo Tacha -dije-

abrió la puerta despacito

-¡Ay, nena! -suspiró-

-¿Qué te pasó? -dije- encendiendo una velita de sebo que estaba cerca de su catre (no me estaba permitido usar fósforos, pero era una de las muchas reglas que a diario rompía), me asusté, la llamita me permitió ver la almohada manchada de sangre.

-¡Ay nena!, la chiclera me dijo que con esos dientes asustaría a Pedro Infante y me los saqué, con un señor que ella me presentó. Pero mire, ahora no se me pasa el "sangrerío"... en su mano como enormes y perfectos granos de maíz descansaban cuatro piezas dentales.

-Espérate -le dije- fui por mi mamá y la abuela

-¡Que burra sos Tacha! Se turnaban en repetir,

-¡Dejar que te quitarán los dientes buenos!, ¡ahora sí te fregaste, "sholca" para siempre!

Pero le contuvieron la sangre con agua de sal y algodón. El corazón se me partía.

-¿Viste lo que te pasa por cuzca? -repetía la abuela-, a quien no se le escapaban las miradas que papá le echaba a la desdichada patoja.

Contra viento y marea la Tacha fue la tarde siguiente al aeropuerto. No pudo ni ver de lejos a su ídolo, era tanto el gentío... pero al regresar su rostro resplandecía, el perraje le tapaba la mitad de la cara.

-No lo vi nena, pero quien quita, él sabía que yo estaba allí, voy a hacer mis tanates y me regreso al pueblo, ya vi todo lo que quería en la capital.





Enmudecí de tristeza pero ya había hecho cuentas con la abuela, le habían comprado su pasaje y de ella no quedó sino la sombra de una mancha de sangre sobre la almohada, que ni la lejía pudo sacar.

En cuanto a la chiclera, creo que nunca supo quien le tiraba el banquito de la venta cada vez que Vilma y yo regresábamos del colegio y paseábamos al perro de turno, en esa época un Gran Danés.

Por decisión familiar se dispuso que yo dejase mis estudios en el Liceo Francés y me inscribieron en el Instituto para Señoritas Belén.

Mamá no quería que yo me hiciera maestra

-No vas a pasar de zope a gavilán, hacete secretaria allí tenés más oportunidades de éxito -me decía-.

-Mirá que no soy pilar de iglesia y vas a necesitar de un sostén económico cuando muera.

Me negué, amaba a los niños, y aun en la primaria me escogían para narrarles cuentos.

Si eres cuenta-cuentos, sabrás que no hay emoción similar al ver caritas infantiles embebidas en lo que narras.

El maestro de corazón tiene algo de esta magia y yo estaba decidida a utilizarla.

Mi llegada a Belén en 1953, me colmó de sorpresas, las alumnas teníamos una directiva para atender las necesidades de la comunidad escolar. Éramos ciudadanas de un reino feliz, a los pocos meses yo fui electa presidenta del aula, manteníamos una relación de amistad inolvidable, a tal grado que durante las vacaciones pedíamos permiso para entrar y charlar sentadas en el árbol conocido como "La Barquita de la princesa 'Ixkik'".

Al siguiente año pasábamos al patio principal, allí vi por primera vez a Víctor Manuel Gutiérrez, menudo e integro cuando le acosaban las chicas más osadas preguntando:

-Profesor ¿Qué es el comunismo? -Él respondía invariablemente:

-Señoritas esa no es la materia que imparto, pero puedo decirles donde buscar libros que aclaren sus dudas, acá solo les hablaré de temas relacionados con mi cátedra.

-Este maestro es un hombre de





bien -pensé-.

Cuando más feliz era, negros nubarrones se cernieron durante los primeros meses de 1954, pero jamás imaginé destruirían mi pequeño paraíso estudiantil y familiar. Mis primos (ya fallecidos) que llenaron de ternura y suplieron a los hermanos que no tuve, de pronto parecían nerviosos y el mayor de ellos me llamó a su dormitorio-biblioteca donde tantas veces me deleité leyendo Alicia en el país de las Maravillas.

Estaba serio y preocupado

-Mirá Rosy, esta caja la voy a poner bajo el colchón, no dejés que mi mamá o mi papá la encuentren.

-Asentí, intuyendo que algo grave estaba por pasar

-¿Querés ver que hay acá guardado?

Con todas las fuerzas de mi alma hubiese querido gritar: ¡No!

Pero intuí que para él era un secreto demasiado preocupante y pese a los 15 años de edad que nos separaban, necesitaba confiármelo, las palabras salieron de mis labios penosos, débiles.

-Sí, quiero ver.

Él abrió la caja y en ella,  
brillante y amenazadora









descansaba una pistola.

Como una garra de hielo se posó en mi cabeza la certeza que algo maligno se cernía sobre nosotros,forcé una sonrisa:

-¡Que linda! -susurré- a mi memoria volvió la ilusión que experimenté cuando a los siete años le pedí me regalara un cuchillo de caza y él con suma gravedad me respondió:

-Hasta que cumplás ocho años -asumiendo que para ese tiempo yo habría cambiado de opinión-

¡Menuda sorpresa se llevó cuando un año más tarde yo le requerí que cumpliera su promesa!

Igual que la pistola, ahora el cuchillo fue a dar bajo mi colchón, ingenuo escondite para ambos.

Pronto el anuncio de un Golpe de Estado encabezado por Carlos Castillo Armas esclareció mis peores sospechas.

La esperanza de que este no se diera terminó el 26 de junio, la amenaza de una radio clandestina y la aparición de banderas azul blanco y rojo con una cruz dragada en vez del escudo nacional, así como las heréticas procesiones propiciadas por el arzobispo de Guatemala: Mariano Rosell y Arellano trajeron la primera discordia que dividiría, hasta los Acuerdos de Paz, a la población guatemalteca.

Los hermanos Foster y Allen Dulles aportaban capital para contratar mercenarios y continuar como dueños de nuestras plantaciones de banano y el famoso tren amarillo. En el último intento de derrocar al gobierno enviaron aviones C17 de la Segunda Guerra Mundial a bombardear a la población indefensa.

Recuerdo que en uno de tantos bombardeos, nos encontrábamos a solas mi abuela una joven empleada y yo. La escuché llamarme.

A sabiendas que poseía una sorprendente habilidad para desmayarse cuando alguno de nosotros la desobedecía, corrí a su habitación, seguida por nuestra empleada de turno.

-¡Agáchense! -nos gritó-

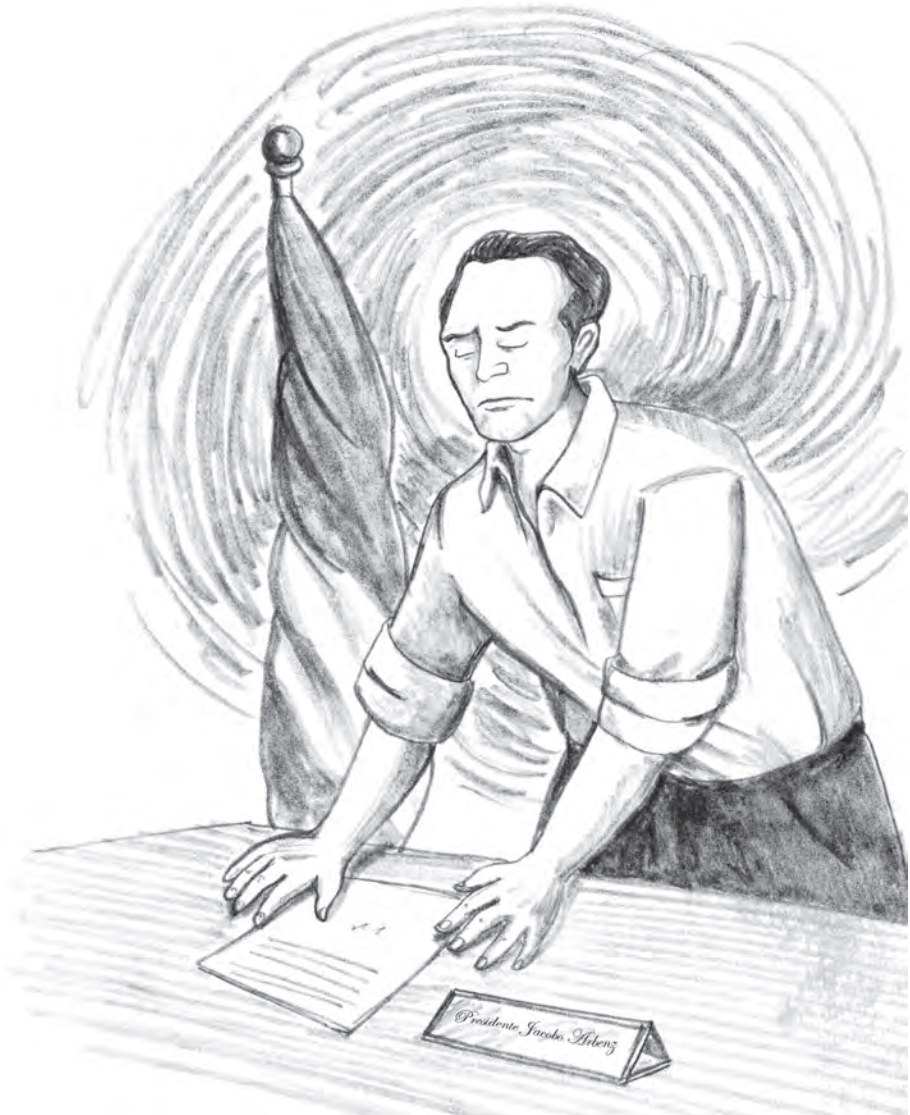
Sentí su mano fuerte sobre mi espalda y casi opacando el zumbido de un avión que giraba sobre la avenida Bolívar oí sus preces:

San Bartolomé  
en casa que seas mentado  
no caiga piedra de rayo  
no muera mujer de parto  
ni niño de espanto...

Una ola de indignación me hizo levantarme, nunca, por ninguna circunstancia me arrodillaría ante invasor alguno. Algo debió ver ella en mí que la hizo po-

nerse de pie ayudada por la temblorosa Chana  
-Niña -me dijo- ésta última, talvez es más mejor que nos quedemos las tres en el roderón ese de su mamá.

Me imagino que el roderón de tres cuerpos le parecía un bunker impenetrable ya que no le era permitido siquiera acercarse a él, semejante idea me hizo reír como era costumbre en los peores momentos de mi vida y, dejándolas más tranquilas pensé irme a Belén con Marta Aurora, pese que las clases estaban suspendidas.







Recibimos una dolorosa impresión al ver a nuestra querida directora en compañía de sus hijos tratando de darles una sensación de seguridad y gozo que estaba lejos de sentir: nos sentamos en las raíces de “La Barquita” y comenzamos a cantar a pleno pulmón eslóganes publicitarios a los que alterábamos la letra con pueriles alabanzas al gobierno de Árbenz. Se acercó doña Elenita de Barrios Klée y nos tomó de las manos, lágrimas de gratitud asomaban a sus ojos:

–Por favor señoritas váyanse a sus casas es peligroso que estén aquí.

Nos llamaba señoritas solo cuando alguna travesura nuestra la forzaba a ello, por lo general era ser pilladas por alguna maestra auxiliar jugando en la piscina. No sé nadar, nunca aprendí, pero el simple gozo de estar sentada en las gradas lejos del mundo obligatorio de las aulas me atraía.

Fui buena alumna por el hábito forjado en estrictos colegios e, imagino, por un sentido del deber para con mi familia y el deseo de conservar una habitación para mi solaz (leer hasta tarde, escribir, dibujar y jugar al póker con Marta Aurora).

Regresamos a casa silenciosamente, miré con nostalgia el cordón del timbre que hacía sonar varias veces para desesperación de los choferes y de las compañeras que seguían mi ruta y fuimos en busca del abuelo. Él habiendo sido militar, era un experto en el comportamiento de los grupos castrenses, aunque se llamase pomposamente en ese momento, “Ejército de La Liberación”, oímos juntos las palabras de Jacobo “ni este 25 de junio, ni el otro” dirigidos a los maestros en su día, y mientras nosotras nos sentimos reconfortadas, el abuelo dejó caer una lapidaria frase

–El ejército ya se vendió, lo que dice Árbenz son patadas de ahogado.

Mis primos lo miraron incrédulos. Yo no, pues al final de la Segunda Guerra Mundial le había visto colocar alfileres con banderitas en un mapamundi y exclamar con la misma certeza:

–Hitler se acabó, ahora solo queda Japón.

El 26 de junio fue un día de incertidumbre, me dirigí a la habitación de mi primo, la caja secreta estaba abierta y el arma, incluidos proyectiles, estaban en sus manos, se colocó el índice sobre los labios y me dijo al oído:

–No le digás a mamá ni a papá nada.

En ese momento entró su hermana, peleaban con frecuencia pero esta vez en sus ojos había lágrimas.

–No salgás por favor -dijo- ni le enseñés eso a la Chochy

la Chochy era yo, por supuesto, le tomé la mano:

–Déjalo Hilmy -supliqué-

Me miró con asombro pues sabía cuan unidos éramos, ella tenía más de 22 años, yo apenas 14, pero en ese momento era mayor o tan madura como ellos y me obedecieron sin chistar.



Pensé que éramos una familia donde los padres y abuelos sufrirían, pero más amada que ellos era Guatemala.

El día 27 el presidente Árbenz leyó su carta de renuncia, todos llorábamos en casa. El 28 supimos que había solicitado asilo político en la Embajada de México y vi a mis primos hacer sus maletas. También irían al exilio, el abuelo mandó a cavar bajo el poyo de la cocina un agujero para que fueran a parar indiscriminadamente todos los libros de mi primo. En un raptó imperdonable de incultura lancé allí por temor también a Los Hermanos Karamazov, no lo había leído y me dolió ver una mirada de reproche en sus ojos antes de tomar el taxi que los llevaría a



la Embajada de Brasil; todas las embajadas ya no daban abasto, especialmente las de países próximos al nuestro.

Por el lado de mi padre, primos y primas también partían encabezados por la matriarca, una increíble dirigente política en cuya casa nació: Ester de Urrutia, siendo en total 24 ocuparon un avión por completo, lo que sirvió de mofa a la prensa.

Por el contrario, mis primos amados recibieron una orden directa del P.G.T. (Partido Guatemalteco de Trabajo) de abandonar la embajada para reagrupar fuerzas.

El excelentísimo embajador los sacó en su auto hasta la Plazuela España. De nuevo tenía una familia completa, y lloré porque no se me escapaban las represiones a que estaban sujetos.

El año escolar 1955 resultó amargo. La nueva directora al tomar posesión dejó claro el desprecio (fruto de su ignorancia) que le merecía Belén, agregando que solo había trabajado en colegios "para señoritas bien" y que como un favor hacia las nuevas autoridades venía a dirigir un establecimiento de muchachas de escasos valores morales y bajo prestigio.

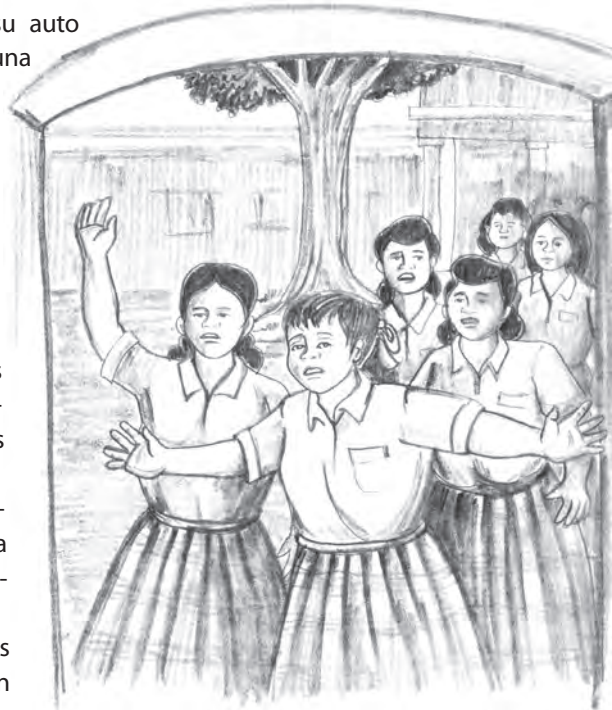
Esperamos que la directiva de la comunidad escolar reaccionara. Pero callaron, la comunidad fue disuelta y las representantes de aula remitidas a otras funciones.

La indignación que sentimos las alumnas de tercero y cuarto grado encontró eco en el claustro de maestros integrado por personas de tanta valía como don José María Alemán, don Rodolfo Ortiz, doña Elsie de Sosa Silva y otros dignos representantes del magisterio.

Pronto vimos cómo las fuerzas policíacas arrestaban, entrando impunemente al Instituto, a todos aquellos sospechosos de simpatizar con el depuesto régimen.

Don José María Alemán no tenía empacho en solidarizarse con nosotras y cuando nos lo pidió escribimos un poema satírico.

Yo deslicé uno que hizo reír a cuanta Belemita lo leyó decía así, refiriéndome a los atributos físicos de nuestra directora:



¡Oh precioso tinajón  
bien pintado de petróleo  
¿Querrás en tu corazón  
que te dibuje al óleo?

Diente de oro que reluce  
con sublime brillantez  
¿Será que en tu mente luce  
la idea de renunciar talvez?

A veces quisiera irme a la luna  
abandonando este amado, suelo  
pero temo encontrar ahí la cuna  
de tu feísimo abuelo.

Cincuenta años más tarde en el aniversario de nuestras bodas de oro magisteriales, me sorprendió que lo recitase casi íntegro María Elena González.

La animadversión entre el claustro de maestros y la actitud prepotente de la directora y las maestras auxiliares trajo insospechadas consecuencias.

Don José Alemán fue detenido mientras impartía clases... yo me encontraba recibiendo música cuando Rosita Siliezar irrumpió.

–Vos Chocha se llevaron preso a don José María Alemán, salimos en grupo atropellándonos al patio ¿Qué haces?

¡Huelga! gritó Rosita, de todas las aulas salieron indignadas adolescentes y una de ellas tocó la campana

–¡Salgamos a la calle! Nos gritábamos las unas a las otras

–¡Abramos la puerta! -sugirió otra- ¿Quién?

–La Chocha -corearon todas-, me vi literalmente empujada hacia la puerta y la abrí.

La encargada de la portería no se opuso y salimos a la calle, Marta Aurora me miró interrogativa.

–¿Ahora qué hacemos vos?

–Formar un comité de huelga en defensa de los maestros y de nosotras mismas.

Podría parecer un gesto alocado pero la situación era grave. El Movimiento de Liberación Nacional no escatimaba cárcel y tortura, Abelardo Rodas amigo de mis primos nos había narrado vívidamente las crueles circunstancias sufridas en las mazmorras del Primer Cuerpo de la Policía Nacional y temíamos enfrentarnos a algo similar, pero estábamos decididas a no dar marcha atrás.

La primera medida represiva fue cancelarnos la matrícula estudiantil, se corrió la voz que las belemitas no cejarían hasta devolver a su catedrático sano



y salvo, y se nos unieron los muchachos del Instituto Nacional Central para Varones, los del Rafael Aqueche y la Escuela Normal, dejando de lado sus diferencias.

Marta Aurora y yo fuimos a pedir el apoyo de mi prima y de mi madre.

Mamá estaba al borde de un ataque de nervios, mientras mi prima nos brindó toda su ayuda. Al siguiente día acudió con nosotras para que se nos reintegrara como alumnas regulares. Para mi sorpresa en las banquetas del Instituto: Belemitas de todas las edades coreaban mi nombre exigiendo que se me permitiera entrar.

La Prensa Libre envió reporteros y tomamos el auditorio de Belén para exigir respeto hacia nosotras y al personal docente.

El Ministro de Educación, Jorge del Valle Matheu, nos citó a su despacho para una reunión conciliatoria: nos ofreció cien quetzales y un viaje a Centro América a cambio de vender nuestras conciencias y traicionar al profesor Alemán.

Nos negamos, éramos maestras en ciernes y con un sentido ético de la función del educador.

¿Con qué rostro nos enseñaríamos un día, si hoy nos dábamos por vencidas traicionando nuestros ideales?.

Después de varios intentos por hacernos desistir. Castillo Armas nos invitó un sábado por la tarde a conversar con él.

Teníamos frío mientras esperábamos en el Parque Central que llegaría la hora de ser recibidas. No sabíamos si saldríamos con bien o desapareceríamos en aquellos vastos corredores. Al fin entramos a su oficina, detrás de las cortinas el viento dejaba entrever la presencia de sus guardaespaldas con las armas apuntando hacia nosotras.

Una española, Montserrat Guevara, me dijo al oído

¿Qué te parece si le damos una paliza? Sonreí. Marina Hernández nos llamó al orden. El Presidente de facto nos tendió la mano. Ninguna se la estrechamos.

Comenzó a hablar de sus planes como gobernante. La necesidad de estabilidad que nosotras estábamos interrumpiendo. Ante nuestro silencio pareció desconcentrado.

-Queremos -dije- la destitución de la señora Rosales Chávez, de las maestras auxiliares y la reaparición del licenciado José María Alemán.

-Eso debilitaría mi gobierno, imposible -dijo-

-Entonces seguiremos en huelga -dijimos- y sin más nos retiramos. La prensa se dividió, para algunos éramos una especie de valerosas jóvenes. En La Hora se nos calificó como: las cuatro gatas de Belén que hacían temblar el gobierno. Finalmente el gobierno cedió: destituyeron a la directora y maestras auxiliares. El claustro de maestros nos brindó su apoyo: "-éramos -dijeron- excelentes alumnas que no teníamos por finalidad holgar". Don José María Alemán nos fue devuelto en los oscuros pasillos del Primer Cuerpo. Recibimos de él escue-



tas palabras de gratitud y partió a su casa. Marta Aurora y yo fuimos a mi casa a cenar.

Rememoramos la visita de Octavio “Che” Reyes y Hugo Barrios Klée quienes nos ofrecieron el apoyo del P.G.T, lo cual rehusamos por la promesa hecha a las futuras egresadas de Belén: No tendría la huelga nexos políticos que entorpecieran su graduación.

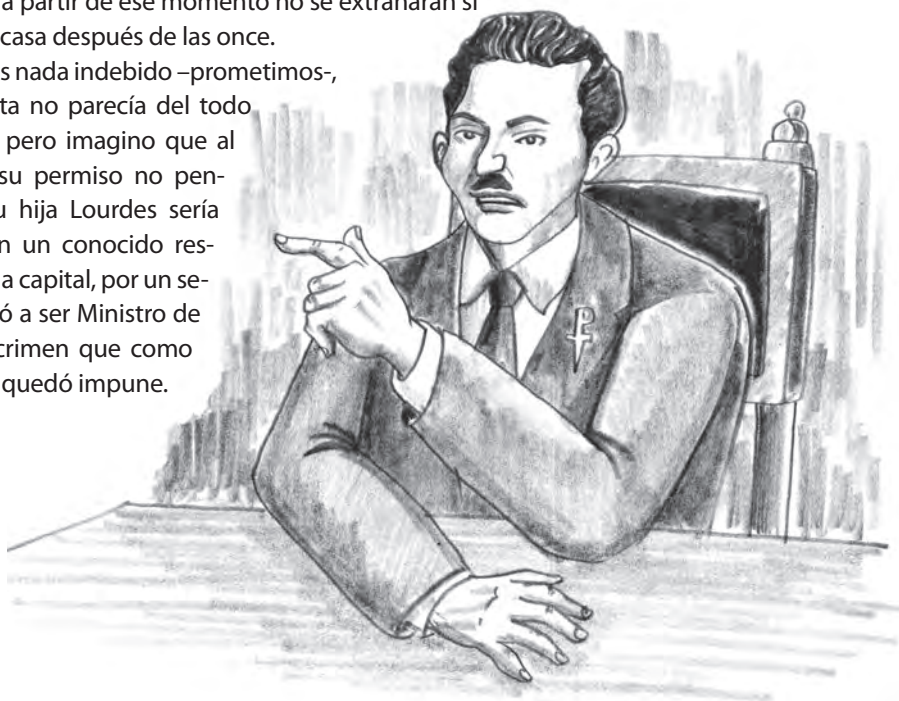
Habíamos cumplido con honradez y sin odio. Cuando renunció la Directora, una joven quiso humillarla y la hicimos callar, era una maestra con ideas equivocadas, pero maestra al fin, el respeto que nos negó durante su toma de posesión, nosotros se lo brindamos como homenaje a todas las maestras del presente, pasado y porvenir.

Pero mi suerte estaba echada, pasé a formar parte de la J.P.T (Juventud del Partido Comunista) en la clandestinidad, pronto nos presionaron para realizar labores cada vez más peligrosas.


Recuerdo con especial regocijo que nos escogieran para repartir las “magnesias”: unos pequeños tubos que contenían llamados del P.G.T a formar un frente de resistencia al anticomunismo. Lo gracioso fue que en vez de darle tales instrucciones a Marta Aurora hija, se las dieron a su mamá y ella se fue a platicarlo con la mía, así que cuando entramos a mi casa ambas madres nos miraban con fiera indignación. Recibimos estoicamente una reprimenda monumental, pero sacamos valor para pedir se nos devolvieran las famosas “magnesias” argumentando que si años atrás a los bombarderos C-17 se les calificaba de “Sulfatos”, las menos nocivas “magnesias” tenían derecho a circular.

Pero en ese entonces los establecimientos de educación secundaria se habían unido para formar un frente antigubernamental: sesionábamos por la noche (lo cual no nos era permitido), así que aprovechando esta confrontación con nuestras madres anunciamos que, a partir de ese momento no se extrañarán si volvíamos a casa después de las once.

–No haremos nada indebido –prometimos-, doña Aurorita no parecía del todo convencida, pero imagino que al otorgarnos su permiso no pensaba que su hija Lourdes sería asesinada en un conocido restaurante de la capital, por un señor que llegó a ser Ministro de Educación; crimen que como tantos otros quedó impune.







“Sopla la tarde  
sobre la quilla inmóvil  
¡Oh isla de amaranto!  
El marino es el viento  
que desflora rosas  
en la arena de los  
puertos”.

# Viajando a Cuba







**E**l avión desciende por momentos al cruzar el océano para elevarse luego. Una azafata morena me mira con cierto desdén y me señala las bolsas destinadas a recibir el contenido estomacal de los pasajeros en caso que la náusea se hiciera intolerable.

Humillada giré la vista pensando si no portaría en la frente (como el signo de Caín) alguna marca de viajera primeriza, cambié de posición hasta que el capitán anunció que estábamos por aterrizar en el aeropuerto de “La Habana Libre”.

Me invadió una sensación de angustia tremenda, acababa de concluir la invasión de Bahía Cochinos y el régimen revolucionario estaba definitivamente más afianzado.

“Niégales el diamante  
de tu sangre vuelta río,  
la primavera de tus entrañas  
que es polen y nadie quema”.

Aún no estaba cierta de si mi papel como delegada universitaria al Congreso de Mujeres de América, significaría un hito en mi vida o si era una responsabilidad que no quise eludir, y ahora me hacía enfrentarme al mayor terror que embarga al ser humano: internarse en algún sueño largamente acariciado para descubrir cuan encantador o frustrante puede ser éste.

La hermosa avenida de palmeras, el sol encendido por los celajes y el cántico de las olas al estrellarse en el malecón, no lograron disipar mi inquietud.

Tampoco pudo hacerlo el lujosísimo hotel Habana Hilton donde se nos alojó. Apenas me hizo sonreír el hecho que en el ascensor no existiese piso 13, pues al piso 12 le seguía el 14, esto debido a la superstición de los magnates, quienes alojándose en la parte superior evadían cuidadosamente el fatídico 13 aun



cuando de hecho este ocupaba el espacio material de sus preferencias y realmente los ubicaba en el sitio de "mala suerte".

Empezaba a desempacar cuando la puerta de mi habitación se abrió con estrépito y me vi cara a cara con mis vecinos del lado izquierdo.

—¡Sorpresa! -me gritaron- y nunca me pareció esta expresión más cierta y desconsoladora, siendo íntimos amigos, sabía cuánto amaban ellos el protagonismo y las relaciones sociales.

Eran un especialísimo matrimonio, pero también las últimas personas que deseaba ver, ya que aspiraba a permanecer en el mayor anonimato y lo más alejada posible de los bulliciosos huéspedes del hotel. Lo tomé como el peor augurio a mi estadía su alocada irrupción: nada les inmutaba y tomaron la llave que comunicaba nuestras respectivas habitaciones y por ende toda privacidad, abrieron la puerta lanzando la llave lo más lejos posible de mi alcance

—Ahora nadie dirá que no se nos dio una amplia suite -dijeron-. Desde ese momento mi bella amiga que a más de ser musicóloga y políglota, poseía un extraño mimetismo lingüístico que daba a su acento natural un imperceptible toque por el cual la hacían pasar como cubana con los cubanos, argentina con los argentinos, mexicana con los mexicanos etcétera, etcétera.

Con el mismo ímpetu con que habían entrado... luego desaparecieron prometiéndome volver.

Llegó el momento de conocer personalmente a Fidel Castro y al "Che" Guevara... aunque no dijéramos nada saludar a Fidel era una ilusión, pero nuestra delegación fue directamente a presencia de Ernesto Guevara, por dos razones, una obvia y otra disimulada.

La obvia era que con nosotros viajaba una dama encantadora invitada especialmente por él, a quien consideró como madre adoptiva durante sus años de estudiante en la USAC.

La otra razón la descubriría más tarde, la caída del gobierno de Árbenz en el mundillo de la revolución cubana y más recientemente a raíz de la victoria de Bahía Cochinos nos dejaba bastante mal parados, se multiplicaba el estribillo de "Cuba jamás será otra Guatemala" al que alguna voz misericordiosa completaba

¡Pero Guatemala sí será otra Cuba!

CONOCIENDO AL CHÉ

# Conociendo al “Che”, “El Precursor”







**U**n silencio crispante nos acompañó en esa entrevista. Alguien me hizo llegar una pesada caja susurrándome “Era el regalo de la delegación para Fidel, dáselo al Che”, como me acontece cuando ciertos momentos me ponen al borde del humor no exento de ironía, reí.

Sin saber qué contenía la caja, me alcé de mi silla y se la hice llegar deslizándola sobre la mesa.

–Este es un regalo de la delegación de Guatemala para ti -dije-.

Horrorizada vi que estaba totalmente forrada de papel navideño.

No tengo empacho en reconocer que siendo como me llamara la prensa “comunista convicta y confesa”, celebraba la navidad con infinito gozo envolviendo en los más bellos papeles regalos para todos, especialmente para mis sobrinos sin escatimar “Santa Clauses”, renos, ángeles y guirnaldas, pero me pareció absurdo y cursi dar algo así a una persona que creíamos francamente atea (luego supe que para sobrevivir en mi país y posiblemente con algo de fe, Ernesto había vendido imágenes del Señor de Esquipulas) pero en ese instante ante la leyenda viva del hombre que ideó la revolución cubana y escribió acerca de las técnicas de la guerra de guerrillas me sentí apabullada.

Él, sin retirar el habano de sus labios desenvolvió el obsequio. Ignorante como me encontraba de su contenido lo vi curiosa extraer su regalo ¡Un poncho de Totonicapán! Soltó una risa muy agradable por cierto y me dijo:

–¡Esto es ideal con el frío que hace aquí!

No pude menos que reírme a la par suya, toda la delegación coreó nuestras risas viendo un presente tan inadecuado como inútil para la calidez extrema de Cuba.

–Es que te lo envió Ydígoras -contesté-.

El hielo se había roto, Ydígoras Fuentes era el militar en turno que ejercía la Presidencia de Guatemala, y durante su gestión, la represión contra los estu-



diantes de Economía había cobrado la vida de cinco de ellos.

Anciano ya el general y terminada la matanza, caminó por la sexta avenida donde los ayes y la sangre derramada estaban todavía frescas.

–“Aquí no ha pasado nada” -repetía-, lo que le valió al incendiarse el Hospital Psiquiátrico (manicomio nacional) que se le achacase en son de burla, ser el incendiario para no tener competencia.

Charlamos con Ernesto más de una hora ¿De qué? No recuerdo como me sucede usualmente, internamente no paré de recordarme por haber pronunciado una frase tan exitosa.

Al día siguiente se nos condujo para presenciar el desfile de las Fuerzas Armadas de la Revolución y oír el discurso kilométrico de Fidel.

Maldecía por lo bajo, el horrible sabor de las Pepsi Cola socialista.

Cuando vi al Che desplazándose por los graderíos repletos de invitados de toda América me disponía a interceptarle para saber algo más de sus planes y su estadía en Guatemala, cuando una camarada miembro de nuestra variorpinta delegación gritó a su hijo de ocho años con toda la potencia de su voz de líder del sector obrero:

–¡Mirá m’hijo, miralo es el Che! Fíjate como se parece a Cantinflas.

Deseé que el graderío me tragará y no porque ambos personajes no merecieran mi admiración y respeto, sino por las risas que esta ingenua comparación suscitó.

Opté por deslizarme furtivamente hacía el hotel ignorando si mi ausencia rompería algún bizarro protocolo desconocido, pero vigente para todos, y me las ingenié para llegar a mi suite, hundiéndome en las suaves sábanas de mi cama.

Nuestro guía padecía estrabismo, así que era poco probable saber si estaba controlándose o permanecía embebido contemplando la figura del “Profeta Guerrillero” que en ese momento se dirigía a la multitud. Abochornada por el ridículo que habíamos hecho desde nuestra llegada, me abandoné al sueño.

El 6 de enero llamaron a mi puerta y en ella se dibujo la silueta del Che.

–Vienen los reyes magos socialistas -gritó-, yo me acerqué al dintel y recibí de sus manos dos collares de semillas, un LP con el último discurso de Fidel y dos botellas de Ron Bacardi “dignas de todo guatemalteco que se respete”.

Sorprendida y sonrojada apenas atiné a balbucear un escueto agradecimiento. La vista del ron llenó mi espíritu de gozo. Le vi desaparecer por el corredor y cerrando la puerta me disponía a beber a solas como Dios manda, cuando atraída por quien sabe que golosa intuición entró Bianca acompañada de Queta, una joven universitaria confiada por sus padres a mi aparente madurez, me sorprendió ver el cabello de mi políglota amiga quien aún no se había terminado de peinar, lo hacía con tal habilidad que sus rasgos, le daban un increíble parecido con los bustos de Nefertiti, más, si orlaba sus ojos con tintura de

Kohl. No se preocupó demasiado por ello, ese día bebimos hasta la saciedad, me imagino que fue la primera borrachera de mi olvidada pupila Queta, en mi defensa diré que era apenas un año mayor que ella.

Los días pasaron lentos en el sol del Caribe y el famoso congreso avanzaba ceremonioso y poco interesante.

Se nos anunció que recibiríamos la visita de nuestro infortunado ex presidente Jacobo Árbenz.

La delegación de la cual era responsable estaba integrada, en parte, por personas que no simpatizaban con revolución alguna, además iban más avanzados que yo en la universidad y por su edad me miraban con cierto desdén acosándome con sus quejas, olvidando que eran invitados y no les costaba un centavo su estancia en Cuba.

Cuando Jacobo Árbenz entró a mi suite yo había tenido fuertes discusiones con ellos para obligarles a guardar el respeto y compostura so pena de hacerles regresar por cuenta propia. Los ánimos caldeados estaban bajo control, se hizo un silencio impresionante a su llegada, que rompió una tosca voz rasgando el ambiente

“Porque hay en Guatemala un joven coronel...”

La voz pertenecía a Rosario Boches, líder campesina de Escuintla y la letra que entonaba era parte de un eslogan utilizado cuando Árbenz era candidato a la Presidencia.

Fue un momento indescriptible, el rubio ex presidente se lanzó a los brazos de la campesina.

–¡Rosario, Rosario! -exclamó- ¡estás viva! Todos llorábamos aún los más reacios y el guía estrábico susurró en mi oído:

–¡Será la primera viva en develar su tarja!

Una escuela llevaba su nombre, pero la placa conmemorativa (tarja) aún no se había develizado oficialmente, se le creía muerta pero fue sacada por un boquete de la cárcel de Escuintla por los campesinos que lideraba. Conocí a su hija cuando estudiaba violín en el Conservatorio y con frecuencia pernoctaban ambas en mi casa. No supe más de la pequeña...

Todos abrazamos a Jacobo y él con los ojos llenos de lágrimas y nostalgia me dijo:

–¡Si yo hubiera tenido la madurez política que tienen ustedes...!

–Otro gallo habría cantado en Oriente -dije- repitiendo una frase de aquel otro Che “Reyes”, quien siendo civil reclamó al Ejército armas para combatir a los mercenarios.

Después de este emotivo encuentro caí bajo la tutela de María Vilanova (esposa de Árbenz), quien permaneció a mi lado durante las sesiones del congreso



haciéndome sentir absolutamente inútil y torpe. De sus manos recibí una pulsera de plata con incrustaciones de jade como parte de un ritual no especificado para dársela a Vilma Espín, quien fungía como Primera Dama de Cuba, por ser esposa de Raúl Castro.

Me desentendí lo más que pude de las tediosas sesiones del congreso y aprendí a manejarme de lo mejor por las calles de la Habana Vieja.

Diariamente los diversos sindicatos nos ofrecían almuerzos (que concluí evitando cuidadosamente) porque en ellos cada cubano tenía o creía tener la receta perfecta para preparar una revolución, condimentarla y servirla. Tratar de exponer nuestros problemas como sociedad no tenía caso, la fórmula según ellos, era invariable y como una perfecta ecuación el resultado era invariablemente exitoso, sería necio para ellos imaginar un resultado distinto.

Fue entonces cuando me obsesionó la idea de regresar a Guatemala en el primer vuelo disponible. La mitad de la delegación ya había partido. Comunicué mi deseo a José Manuel Fortuny, quien con su esposa habían tenido para conmigo infinitas atenciones, pero que ahora se daba de golpes ante semejante decisión

-¡No te puedes ir Rosita -gritaba- no antes de tres meses, estás programada para una gira por provincias, la semana próxima te esperan en Camagüey!

Le miré desafiante, tres meses no los resistiría

-Mirá -me dijo- México ha suspendido los vuelos por presiones de los gringos, tendrías que irte por Canadá o Europa y allí no tendrías ninguna seguridad de llegar a salvo.

-Debo irme -insistí- quiero regresar a Guatemala ¡ayúdame!

-No entiendo el por qué -suspiró confuso- veré que puedo hacer...

-En la delegación viene una joven campesina, nos dijo que tenía tres meses de embarazo pero si la ves está a punto de dar a luz. Soy responsable por ella y su bebé -le respondí arteramente-

Che Manuel tenía los labios secos. -Está bien, me dijo, pero mañana viene Yuri Gagarín, el astronauta ruso, habrá una recepción y las diversas delegaciones sembrarán árboles que llevarán el nombre de quien lo sembró. No faltes.

Bianca Liuba mi querida amiga partiría unos días después a la URSS, Queta de la que me desentendí totalmente por su increíble facilidad para quedarse dormida en medio de las más acaloradas discusiones, lo que le valió el mote de Queta "Pestañazo" -ocupó un lugar en mi colección de Esculklos (dinosaurios que reían y hablaban diciendo: "cakle, cakle"-) dedicados por mí a los oradores europeos que nos acosaban durante los almuerzos con ideas tan extremas como carentes de sentido para Latinoamérica, ella pasó a ser una mosca tse-tse pre-diluviana. No tuve la cortesía de acompañarla siquiera al aeropuerto cuando partió.

En fin, me asocié con Bianca para la recepción ofrecida a Gagarin, la repartición gratuita de cervezas fue un aliciente y debo haber sembrado lo menos cinco árboles ante la mirada expectante de algunos cubanos.

Dos frases (no más) marcaron ese día, Bianca aburrida y bastante ebria me preguntó:

–“¿Por qué tanto esperar a Gagarin si yo llevo más tiempo en órbita?”

Otra de una joven señora argentina interesada en saber por qué la Rosa Blanca era la flor nacional de Cuba, yo le cité los versos de Martí:

“Para el amigo sincero que  
me da su mano franca  
en marzo como en enero  
cultivo una rosa blanca..”

Me dijo:

–Sos la primera persona con que hablo y me dice un poema en lugar de torturarme con babuchas acerca de la revolución.

Llegó al fin Gagarin, almorzamos y hartas de cerveza regresamos al hotel.







# El profeta guerrillero







**S**i alguna persona en uso de sus facultades mentales no se hubiera dado cuenta que tanto halago, alabanza tan desmedida y ciega idolatría, no iban a hacer mella en Fidel, a quien sus más allegados llamaban “El Caballo” por su capacidad de trabajar en asuntos de Estado, yo le habría tildado de tonto.

El principio del fin de su calidad de líder sano se dio muy pronto: La portada de la revista Bohemia celebró la caída de Batista con una carátula donde los rasgos de Fidel parecían fundirse con los de Jesucristo, tal y como la imaginaria occidental lo concibe. Pronto habría de arrepentirse la editorial cuando fueron tocados sus intereses económicos y reprimidos ellos mismos, pasando a ser fuertes detractores del régimen que tanto ensalzaron.

Talvez el error mayúsculo de Fidel ha sido su longevidad.

Al joven héroe del cuartel Moncada lo hubiese absuelto la historia, pues del gobierno del ahora anciano gobernante se comenta: No, ha corrido demasiada sangre, demasiada violencia para mantener a raya tanto a los EE.UU. como a la hoy extinta URSS.

Quien no se amilanó por el golpear de zapatos de Kruschev o por el bloqueo económico impuesto por Kennedy, no logró poner a salvo de sí mismo a la amada “Isla de Amaranto”. Rehabilitó a las antiguas prostitutas, racionó a la clase pudiente para que todo niño tuviese un vaso de leche y un huevo para alimentarse, pero no pudo evitar la aparición de una nueva generación de prostitutas adolescentes, la miseria arrasó con los mercados y un nuevo proletariado huyó intentando vender al mejor precio su fuerza de trabajo en otros países capitalistas.

Floreció la cultura y no fue tomada en serio, quedaron flotando en el aire los últimos versos de Nicolás Guillén hospitalizado y ya ciego, desapareciendo en el horizonte:



“Fidel a quien Changó proteja  
y resguarde Ochún...”

Los años devoraron al mito que nutre la historia. Murió Camilo, murió el Che y este último está impreso en las playeras que usan mis nietos, no saben exactamente quién fue o qué hizo, pero combinan con sus jeans de marca, es un icono, una moda, no odian a sus asesinos, el audaz argentino simboliza su propia rebeldía, logró lo que Fidel perdiera: el amor de las nuevas generaciones de jóvenes en América.

Si hablo de Fidel no se interesan, si les cuento de cómo conocí al Che no me creen.

–“¿Ah sí? ¡Claro! Yo también fui íntimo de Juan Pablo II”

Me dice el mayorcito halándome el cabello.

Majo su prima viene a la iglesia y bajo un sinfín de medallas y escapularios oculta el rostro de Ernesto, que lleva en la playera.

–¿De veras Chochy lo conoció? ¿Le dio la mano?

–Él me la dio, tuvo ese honor ¿no crees? -bromeo-

Mafer la otra nieta de once años me apoya

–¡Claro! La Chochy es una abuelita extrema -dice- yo ignoro el significado de este adjetivo, pero sonrío.

Pienso en Fidel, quien aborreciendo el culto a la personalidad, cayó en sus redes, no se percató que esto sucedía con la verborrea de sus fieles admiradores.

Murió Kennedy su gran adversario y fue idealizado por ser víctima de un indescifrable asesinato. Le perdonó la mala memoria de su pueblo pese a sus reales o ficticios nexos con la mafia, víctima de Hollywood se le achacó (cierto o falso) su participación en la muerte de Marilyn Monroe, quien cantase para él un día, el más sensual “Happy Birthday” de la historia.

En el olvido quedaron sus grandes equivocaciones, su espalda dolorida y su adicción a los calmantes, al lado de Jackie su esposa construyó un Camelot Americano que emuló al atribuido por los bardos al rey Arturo en sus amargos desvaríos. Embellecieron la Casa Blanca con sereno brillo aún no superado.

¡Duele ser Fidel! -me digo- casi Dios y desesperadamente humano.

Vienen médicos cubanos sanando ciegos en mi país y rezo porque ese solo milagro atenúe el estrépito de culpas que se les atribuyen. Queriendo redimir como el Traspasado, apenas se quedó siendo Longinos, condenado a vida completa por la sangre del Dios crucificado.

Quizá cuando él muera resucite Cuba, quizá él mismo, obviando la omnipotencia del gobernar año tras año, recupere la eternidad de un José Martí, un Bolívar o un Sandino.

Talvez piadosa la historia no lo deje de soslayo y subraye sus hazañas ubicadas en dos siglos.

¡Quién sabe! Desde los vericuetos de la política donde héroes y villanos son caras de la misma moneda: a él se le exalte, y los gobernantes “democráticos” que usan la palabra “libertad” como Alí Baba o los ladrones usaron “Sésamo”, para escamotear los tesoros del erario público, su imagen se agigante y se le brinde el honor que mereció en sus años mozos.

Porque mientras el narcotráfico inaugura satrapías y donde se rinden juventudes sin esperanza ni ideales, extraño como Fidel los viejos tiempos de luchar sin tregua, y me conformo ante el heroísmo que me abandona a decir como Vallejo: “Me odio con ternura” “Velo el cadáver de un pan con dos cerillos y no uno, sino cien banqueros falsean su balance”.

Agradezco que a la pérdida de mi lucidez sustituya la memoria de un corazón que ama por igual razas, poblaciones, efigies de Buda, mezquitas o templos de índole diversa, que no me abandone la misericordia y parta yo cuando me llamen, en paz, antes que Fidel, mucho antes. “Así sea”.





# Marco Antonio

Un día tendrás inmóviles los labios  
y los ojos aún brillantes despidiendo  
de sí la tierna vida.

Un día -no sé si he de verlo-  
Quedarás dócil, educado por la  
muerte,

como cuando niño: tras una  
repreñión en los rincones.

Cabrás entonces, pálido quetzal,  
En la oquedad del árbol que te sea  
designado

y un suave himno de dolientes  
seguirá tus pasos

tal si la armonía de ti se negara a  
desprenderse.

Mientras alguien gritará con versos  
de Neruda

¡Venid a ver la sangre por las calles!







**L**e conocí a su retorno del exilio cuando intentaba rehacer su hogar. Era un mocetón alto y fuerte, en contraste con el grupo de universitarios que solían ser mis compañeros en las lides políticas.

Ignoro por qué en la rockola de un restaurante donde ellos invitaron a su familia y allegados, puse unas diez veces la canción Bala Perdida e hice bromas acerca de su corpulencia, llamándole flacucho, cuando era todo lo contrario.

Él reía agradecido tomando la mano de su esposa.

Faltaban pocos días para que nos envolviera la turbulencia del Viernes de Dolores.

Como siempre, el No nos Tientes y los considerados exaltaban a los chicos de secundaria y la universidad, el gobierno preparaba por su parte sigilosamente la eterna represión, más brutal cada año.

Como “cuadro” del partido se me prohibió participar en esas manifestaciones, pero mi conciencia no se tranquilizaba fácilmente, salí hacia la antigua facultad de Leyes y casi de inmediato escuché disparos próximos a la Escuela de Comercio.

—¿Qué pasó? ¿Hay algún herido? -pregunté al primer joven cuyo rostro se me hizo familiar-

—Si hay un hombre, no le conozco, pero mejor que se lo lleven los “compas” de medicina o lo van a rematar. Los estudiantes de medicina constituían la élite más reacia a colaborar con el P.G.T, aunque sí lo hacían durante la Huelga de Dolores y eran sumamente creativos en la elección del Rey Feo y sus considerados tenían alto contenido político contra el gobierno.

Seguí adelante y vi a varios de estos futuros médicos hacer vallas en torno al caído.

Conociéndome se hicieron a un lado;

—¿Es de tu grupo este compañero?, me preguntaron.





Un escalofrío recorrió mi espalda. Era Maco G. Descansaba sobre la acera como un monigote, de su torso salía un hilo de sangre.

—Ya pedimos una ambulancia, iremos con él hasta el hospital San Juan de Dios. En la cintura, sin usar llevaba una escuadra ¿Por qué no se defendió? ¿Por qué no hizo uso de ella? Al verme llorar un muchacho estudiante de la Escuela de Comercio me aclaró lo sucedido:

—No tuvo tiempo de nada, un judicial le iba a disparar a una patoja, compañera nuestra, él se interpuso y recibió la bala, una bala perdida, compañera, eso fue: una bala perdida y nada más.

—¡Nada más! Repetí una y mil veces, hasta llegar al hospital San Juan de Dios, ¡Una bala perdida, nada más! Los practicantes de medicina salieron a mi encuentro, el mayor de ellos residente ya, me miró apesadumbrado:

—Malas noticias Rosita, la bala le interesó órganos vitales, se desangra y no podemos conseguir sangre R.H. negativo en ningún banco de sangre, la poca que poseíamos ya le fue transfundida pero necesitamos más.

A veces creo que mi cerebro en esas situaciones funciona guiado por una intuición fuera de lo común, pensé en un amigo conocido en casa de los Briz, Gastón S.. Pedí que me prestaran un teléfono y llamé:

—Gastón ¿Qué tipo de sangre tienes? -pregunté obviando saludo alguno-

—R.H. negativo Rosy ¿por qué?

Mi voz debió haber sonado temblorosa cuando le rogué que viniera al hospital.

—¿Te pasó algo? Preguntó preocupado

—No exactamente -dije- pero te ruego vengás

—Voy para allá -me prometió-.

Estaba a punto de caerme, no lo podía creer, había acertado en busca de la preciosa sangre. Mis amigos de toda la vida, Lilian y Carlos Guillermo, ya se encontraban ahí, nos sentamos en una salita de espera. Drácula no se sentiría tan ansioso como yo.

Con la nueva, aunque insuficiente transfusión, pareció fuera de peligro. Gastón parecía algo molesto al retirarse, de momento no me afectó y con el espíritu más sereno los dejé a ellos ahí. Pasé por una abarrotería y compré algo de ron y bajo su influencia dormí tranquilamente. A las seis de la mañana se presentó en mi puerta Carlos Guillermo. Maco acababa de fallecer.

Una ira espantosa contra mí misma, contra toda la injusticia del mundo me embargó.







Al irse mi amigo llamé por teléfono a Marta Aurora, urgiéndola para que viniese a casa. Sin un propósito inicial le conté lo sucedido, con ella venían dos hermanas de origen chino compañeras de la facultad de Leyes.

Les expliqué un pueril plan de venganza, coloqué en una bolsa (que mi prima curiosamente había traído para mí de Esquipulas), una serie de lañas infalibles para destrozarse llantas, unas ampollas conteniendo un líquido que al ser esparcido creaba confusión por su fuerte pestilencia y un fajo de manifiestos del P.G.T.

Otra llamada me indicó donde encontraría a la joven estudiante de Ciencias Químicas y Farmacia que nos dotaría de una provisión mayor de tales ampollas.

¿Pretendía que Marta Aurora y yo iniciásemos un motín sin sentido? Es lo más probable: Trataba de ser siempre muy reflexiva y no poner en riesgo a nadie, pero emocionalmente estaba destrozada, inconsciente de ello nos dirigimos hacia el Cerrito del Carmen lanzando en cuanto sitio podíamos la propaganda que llevaba, dos de las ampollas ya habían causado ligeras manifestaciones de repugnancia y buscábamos a la poseedora de semejante arsenal. En el camino nos siguieron un grupo de muchachos lanzándonos piropos sin imaginar cuáles eran nuestras intenciones.

Pero al llegar a la segunda calle y once avenida nos rodearon siete agentes de la Policía Nacional, tiré rápidamente la bolsa inculpativa al techo de una casa, de donde fue inmediatamente bajada.

Miré a Marta Aurora con quien me comunicaba siempre con el pensamiento. Ella asintió, les dije rápidamente a las chinitas, totalmente aterradas que diríamos que no iban con nosotras, igualmente los galantes y muy despistados admiradores, a ellas les hicimos la recomendación expresa de que notificarán a la Asociación de Estudiantes de Derecho lo que fuera a suceder.

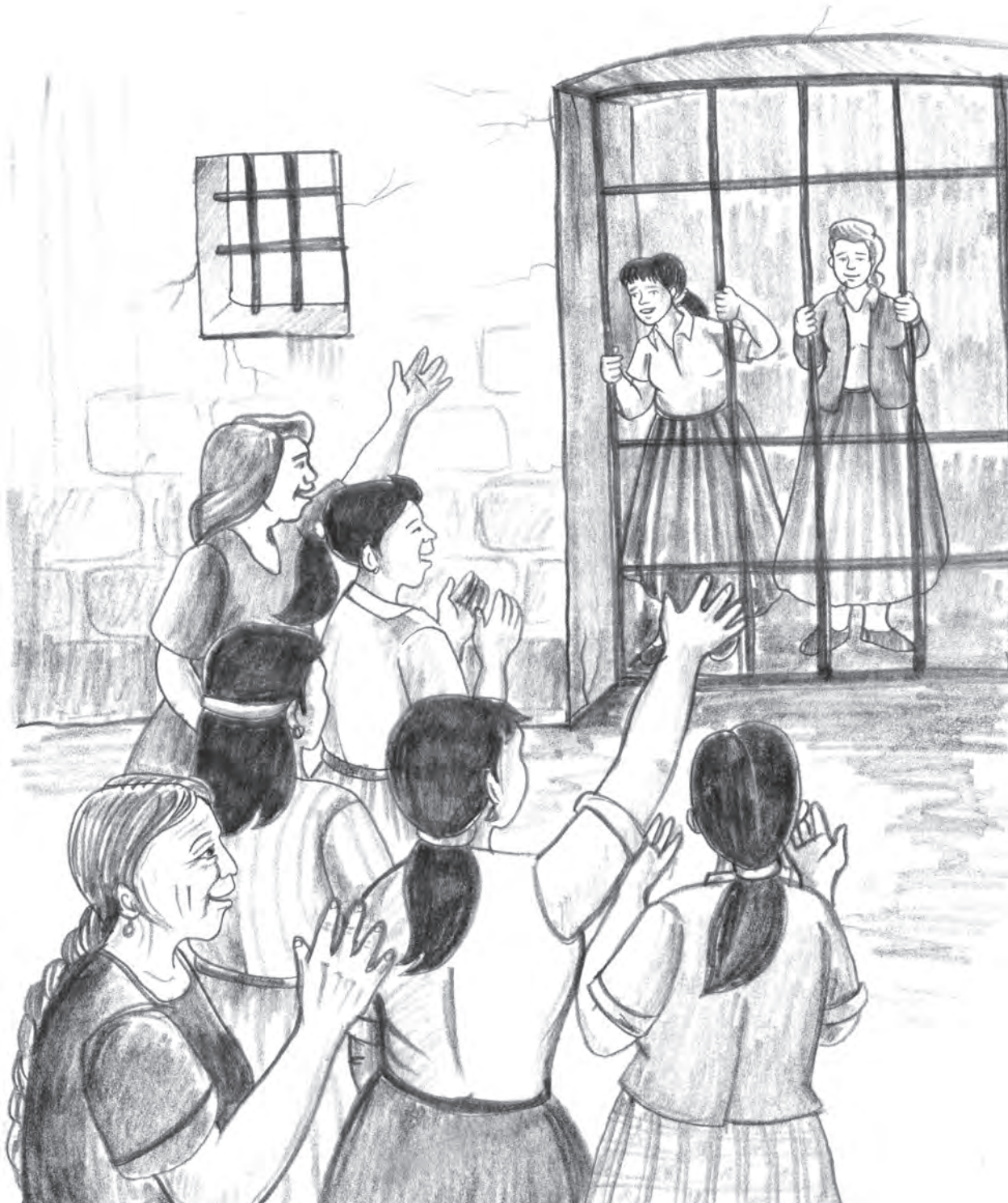
Los policías no pusieron mayor oposición a que los seis se retiraran. Solo quedábamos la rubia Marta Aurora y yo, para ser arrestadas.

Fuimos conducidas como primera instancia al Segundo Cuerpo de la Policía Nacional el más próximo y para suerte nuestra el menos, por ese tiempo, con fama de barbarie y crueldad.

Al leernos los cargos se nos acusó de portación de arma blanca, lo cual me sorprendió ¡Había olvidado que al fondo de la cartera yacía siempre un abrecartas! que utilizaba al adquirir ciertos libros que al no tener los bordes cortados, sin disminuir de calidad en cuanto a impresión eran más asequibles económicamente.

Nos empezábamos a preocupar ¡Ya era hora!, acerca de cuál sería nuestro destino, cuando llegó un mensaje del Jefe de Policía, acerca de qué trato darnos, primero se nos llevaría a la barbería para ser rapadas y luego conducidas a la cárcel de mujeres Santa Teresa. Marta Aurora poseía unos hermosos rizos







rubios y yo una melena de “cien cepilladas”, es decir: cuidada con esmero, tal orden rompió la tensión que nos embargaba, solo el hecho de imaginarnos totalmente calvas nos hizo prorrumpir en carcajadas, ante tan inesperada reacción nuestros captores permanecieron asombrados, algunos quizá hasta risueños nos llevaron a la sucia barbería y creo que nunca borrego alguno parecía tan alegre yendo a la esquila.

Algo debió suceder, al ver que no modificábamos nuestra relajada actitud, no se nos tocó un solo cabello. Nos hicieron subir a un jeep bastante destartado y nos llevaron a Santa Teresa.

Yo tenía algún conocimiento de ese recinto carcelario pues la señorita, Luz Valle, había decidido que el teatro de títeres (guignol, para ser más exactos) ofreciera una función allí para agasajar a las reas en el Día de la Madre. Solo dos alumnas nos presentamos y la otra chica, familiar de Zelaya Bockler, tenía un carisma especial para imitar todo tipo de voces según la “personalidad” de los muñequitos empleados en la obra. Desmontado el teatro me llenó de terror ver como las reclusas se abalanzaban para acariciarnos.

La portera recibió la orden que permaneciéramos incomunicadas, ella lo tomó en el sentido equivocado: que no permaneciéramos juntas.

Le consulté a Marta Aurora si prefería quedarse en un patiecito más tranquilo y pequeño mientras yo iba al general que tanto temía. Pero según ambas, ya la AEU y los compañeros de Leyes estarían haciendo lo posible por lograr nuestra libertad. ¡Vaya esperanza! Las queridas “chinitas” se habían ido a su casa sin avisarle a nadie de nuestro paradero, esta esperanza mantuvo nuestro buen ánimo durante ese primer día.

Tal como lo recordaba el patio general me recibió con silbidos amenazadores de admiración. Me senté en una esquina dispuesta a no moverme cuando una joven mujer rubia me preguntó, hincándose al lado mío:

–¿Por qué delito esta aquí?

–Por una cuestión política, soy estudiante de la San Carlos -dije-

–Me lo imaginé -respondió ella- déjeme ver si puedo ayudarla ¿Está sola?

–No, hay otra universitaria conmigo.

Pasaron dos días y no recibimos auxilio de la universidad, el martes cerraban todos los juzgados y no se nos daría la tan deseada libertad.

Finalmente el cuñado de Marta Aurora dio con nuestro paradero, fuimos conducidas a la Corte Suprema de Justicia donde se nos interrogó, el licenciado Valladares y Aycinena la presidía, y pese a que fui huésped en su casa durante la venida de Miguel Ángel Asturias, parecía decidido a tenernos en prisión, Marta Lidia, una amiga, nos ofreció una botella de Coca Cola, sorbí la pajilla y sentí el sabor incomparable del ron. ¡La había cuarteado!, me disponía a beberla sola cuando Marta Aurora, abstemia por vocación me quitó la mitad.

Ya no nos intimidaban nuestros jueces, cuando una inusual manifestación llegó proveniente del parque, cientos de mujeres gritaban ¡dejen libres a las universitarias!, mientras sacudían con estruendo las puertas de hierro.

Jamás creí que vería temblar y palidecer a los magistrados.

–¡Digan que las dejamos libres!

–Firmen primero nuestra orden de libertad, luego les hablaremos.

–Les damos nuestra palabra

–Firmen primero, repetíamos.

Con una mirada torva nos entregaron la hoja firmada que garantizaba nuestra inocencia. Nos empujaron al balcón. Se hizo silencio:

–Somos libres a partir de mañana, gritamos, las valientes mujeres aplaudieron.

Fue la última noche que compartimos la Bartolina con Renier y las otras dos reas, una acusada de homicidio y otra de lesiones graves. Fue también la primera vez que mujeres de toda clase social se unían masivamente en defensa de dos jóvenes de su mismo sexo, desafiando la autoridad y poniéndose en grave riesgo. ¡Dios las bendiga por siempre!







Expulsada  
del Partido  
Revolucionario









**A**l salir del colegio Guatemala. Me habían encomendado que tratase de infiltrarme al menos en dos de los grupos que promulgaban la candidatura de Mario Méndez Montenegro y promoviera un nuevo aspirante, el coronel Carlos Paz Tejada, honorable militar que mantuvo su postura fiel al régimen de Árbenz.

Comencé por ayudar a la fijación de puntos clave donde se podía trabajar con personas víctimas del Ejército de Liberación y naturalmente con los estudiantes de la Asociación de Estudiantes Universitarios –AEU–. Encargado de ello estaba Hugo Rolando Melgar, asesinado años más tarde por las fuerzas represivas.

Los miembros del ala estudiantil y del grupo de mujeres revolucionarias me aceptaron después de un tiempo. Era una buena oradora y los convencí de votar por nuestro candidato. Fue algo inesperado para los seguidores de Méndez Montenegro y causó entre ellos una indignación tal hacía mi persona, como jamás imaginé. Mis compañeros de colegio me seguían por “chanza” pero pronto me dieron un voto de confianza y desarrollaron una conciencia política que duró años.

Se llevaron a cabo las elecciones. El P.R. no tenía fuerza suficiente y el partido de la violencia organizada (MLN) tampoco, pero lograron la Presidencia, estas elecciones impugnadas por Ydígoras Fuentes trajeron como consecuencia la llegada de este último al poder y que se dispusiera la expulsión de 152 miembros “filo-comunista” durante una “convención” en el cine Popular (actual teatro de Bellas Artes).

La situación no era solamente deshacerse de afiliados poco gratos, armados con tubos de metal forrados en caucho, un grupo de hombres bastante jóvenes, pero tan sanguinarios como los que conformaban las fuerzas represivas de la “Liberación” rodeaban a los convencionistas reclinándose en las paredes del teatro.

Un muchacho a quien llamaban "el soldado" y quien sentía alguna simpatía por mí quiso impedir mi ingreso al recinto.

–Van a vapularlos, Rosita, no entre. Le agradecí con una sonrisa pero debía entrar, allí estaban mis amigos y correligionarios de la J.P.T.

Me encaminé hacia el frente cuando me detuvo Edmundo Guerra Theilheimer, llevaba yo una bolsa de mano que usualmente utilizaba para guardar lápices, borradores o marcadores, lo usual en una estudiante,

–¿Llevás la bolsa vacía? -me preguntó.

–Sí, le dije

–Abrila, me pidió, y deslizó en ella una pistola

Era tan pequeño y poco agraciado que nuestra amistad me conducía a obedecerle. Consciente, que me traería problemas, pero cierta que nadie le ayudaría salvo Mario Ch..

Deslizó una pistola y según su costumbre me ordenó:

–Quedate cerca de mí, porque estos hijos de tantas me van a oír.

De pronto se hizo en mí la calma, no era consecuencia de poseer un arma (que en el peor de los casos me convertiría en blanco viviente) sino una fuerza inexplicable que nacía de lo más íntimo.











Mi destino  
de perpetua  
sobreviviente





**R**afael Pantoja anunció desde el escenario, respaldado por los dirigentes Mario Mendistas del P.R., que tal y como lo anunciaban los cartelitos colgados estratégicamente en las puertas y ventanas del partido, este no tenía nexos con el comunismo internacional.

Habló luego Edmundo desde la parte baja del escenario, no le cedieron micrófono alguno y siendo como era un portentoso orador, los tildó de cobardes, “vende-patrias” y traidores a los ideales de la Revolución del 20 de octubre.

Yo a la par suya con la desdichada bolsa abierta (que de estuche escolar había pasado a ser funda de arma) repetía para mis adentros estos versos de Antonio Machado:

“Si Garcilaso viviera  
yo sería su escudero  
¡Qué buen caballero era!  
Garcilaso de la Vega.

Así me sentía velando el arma de mi amigo, por cierto no al estilo de la Edad Media, pensé en mi patria ¡Salve Guatemala, los que van a morir te saludan! Propio de un gladiador.

Embebida en mis pensamientos no había puesto demasiado interés en los insultos que me dedicaban los hijos de Mario Méndez y una mujer bastante entrada en años y carnes, pero que conservaba rasgos de su antigua belleza, se llamaba Guadalupe Porras y en su bolsa abierta también guardaba un arma de mayor calibre con la que me amenazaba dirigiéndome los peores epítetos que había oído en mi corta vida.

En las butacas de en medio se escuchaban voces alteradas, Marco Antonio Villamar Contreras respondía a las ofensas de su hermano “Panchón”.





Marco se inclinaba hacia una posición de izquierda más firme, su hermano Francisco no.

Vi que la situación era cada vez más tensa y que no llegábamos como corde-ros, ni nos tomaron por sorpresa sus aviesas intenciones.

Rafael Pantoja leyó la nómina de los expulsados: en la primera fila vi al licencia-do Alfonso Bauer Paiz, su sola imagen de político incorruptible, llenó mi alma de orgullo.

Terminado su discurso Edmundo se fue a sentar, le dejé mi bolsa cuando oí mi nombre entre los expulsados, me acerqué a Pantoja y forcé su atención.

-No me pueden expulsar -dije- él me miro casi compasivo

-Lo siento, yo sé que usted ha trabajado mucho por el P.R. pero sus ideas nos obligan a expulsarla.

-No pueden -dije con terquedad- simplemente porque no estoy inscrita, soy menor de edad. Ni siquiera tengo cédula, cumpliré dieciocho años hasta el mes de agosto.

Aclarado esto, me regocijé en las caras de asombro de los directivos que ha-bían oído mi alegato y me uní al grupo de los 150, muy ufana.

Luego supe que el licenciado Alfonso Bauer había hecho un elogioso comen-tario de mi valor, salimos con naturalidad seguidos de cerca por el grupo de matones. Se produjo un altercado casi en la salida, golpearon a un compañero cuyo nombre se me escapa.

Tenía várices en el esófago y pronto lo vi sangrar abundantemente, lo toma-mos del brazo dos personas más y yo y le acomodamos en un carro que lo llevó a un sitio seguro.

Regresé a casa de mi madrina (quedaba a pocas cuadras del cine) para tranqui-lizar a mi mamá que se encontraba allí de visita, los peores rumores, llegaban a ella pero se resignó al ver mi calma. Años más tarde Mario Méndez Monte-negro se suicidaría en circunstancias no esclarecidas. Lupe Porras igual murió en la colonia 1o de Julio, víctima de algún atentado político o una mala relación con quienes consideró amigos suyos, en ambos casos me embargó una curio-sa tristeza. De alguna forma fueron parte de mi vida como adolescente, y la nostalgia por el tiempo ido había traído a mí serenidad y paz. La muerte nos reconcilia con la vida.

Ella es la gran perdedora, porque mientras conservemos íntegra la memoria, nadie perece en vano. Unos por el daño causado, otros porque son semilleros de esperanza nueva.

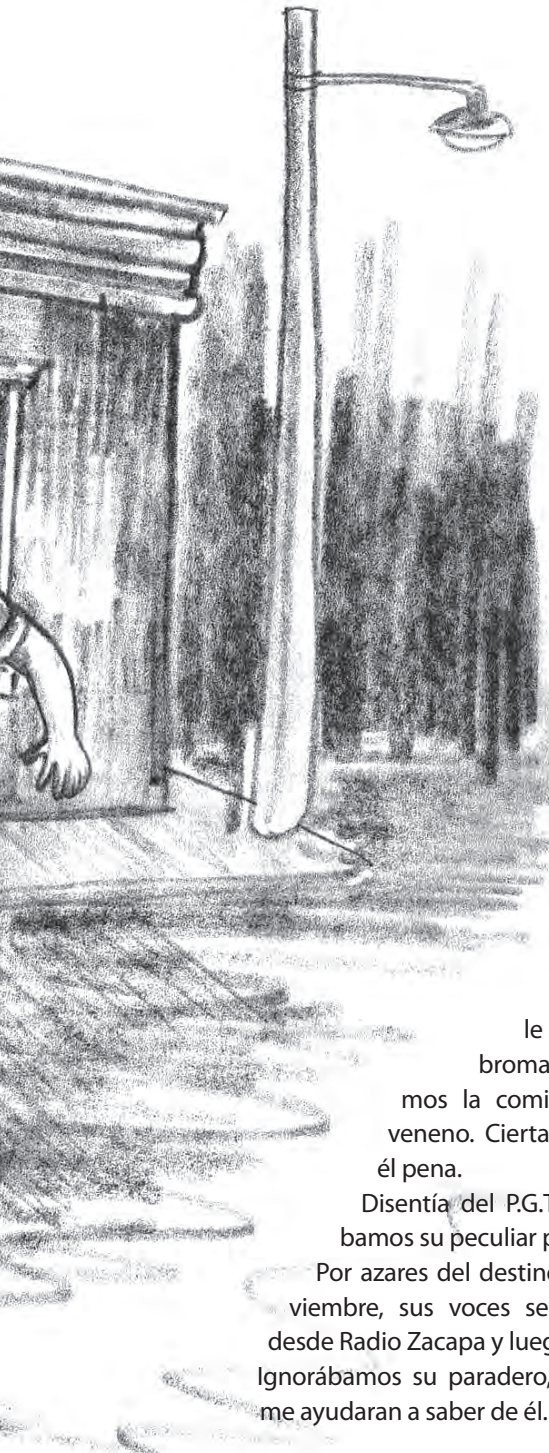


Edmundo  
Guerra  
Thelheimer









**N**os conocimos cuando editaba El Estudiante, primer periódico de combate contra el régimen de Castillo Armas.

Era muy amigo de Mario Ch. y no creo haber conocido seres más disímiles. Mario era alto corpulento y pelirrojo. Edmundo era pequeño, peludo y moreno. De “rasgos aindiados” dijo de él en un artículo para Lanzas y Letras del Congreso Indigenista de América, Joaquín Noval. Poesía de un carácter irascible pero de corazón noble y tierno.

Intuyendo que estaba muy solo rápidamente lo adopté como amigo, con frecuencia llegaba a mi casa y se quedaba a cenar “bajo reserva”, pues afirmaba que mi mamá si pudiera le clavaría sus “apéndices córneos”; otra de sus bromas era no comer si mi prima o yo no revisábamos la comida, porque “doña Chayito” ,mi mamá, le daría veneno. Ciertamente no le era muy simpático pero sentía por él pena.

Disentía del P.G.T. por ello, Payeritas, Julio Vásquez y yo integrábamos su peculiar partido político de tres.

Por azares del destino, él y Mario se unieron al Movimiento 13 de noviembre, sus voces se escucharon durante varios días transmitiendo desde Radio Zacapa y luego sobrevino el silencio.

Ignorábamos su paradero, preocupada fui a casa de sus padres para que me ayudaran a saber de él.



Me sorprendió la belleza de su hermana y el agradable rostro de su padre, pero cortésmente me indicaron que no había mucho que pudieran -o quisieran- hacer.

Descorazonada por esa falta de afecto regresé a casa, habían transcurrido ya ocho días sin noticias. Esa noche él llegó.

Me explicó que había huido con Mario a Honduras y se habían regresado por la cordillera y me mostró sus calcetines hechos trizas. Tenía hambre, casi no había comido allá y Mario lo había forzado a tomar un trabajo de Santa Claus, lo que iba contra su dignidad y por supuesto, rechazó.

Debo decir que una de sus facetas era ser un "showman", le encantaba atraer la atención de todos, así se rieran a sus expensas o se indignaran contra él.

Mi prima se apresuró a traerle cena y unos finísimos calcetines de su esposo, le conté que había ido a casa de su padre en busca de ayuda, sin imaginar que iniciaría una rabieta

-¿Fuiste de verdad? ¿Por qué lo hiciste? -berreaba- ¡Yo no quiero ayuda de ellos!

Molesta, le dije que debería agradecer mi esfuerzo y que más le valía reconciliarse con ellos.

Se encerró en un silencio terco, enfurruñado dejé que se tragara su cólera, sabedora que nuestros enojos no duraban mucho.

Se fue, nunca supe donde vivía, pero al día siguiente lo vi en la U. Me saludó como si nada hubiese ocurrido e hice lo mismo.

En el corrillo de estudiantes donde nos encontrábamos se sugirió (en broma) la necesidad de un mártir para que la población tuviera un estímulo y no abandonara la lucha revolucionaria.

Él se lo tomo en serio y ansiosamente se ofreció como víctima. Una voz despectiva se alzó:

-Vos no servís sapo, nadie te quiere.

Busqué con la mirada al que había hablado para fulminarlo, mas no lo ubiqué.

-Yo si te quiero Mundito -dije firmemente- soy tu amiga y no quiero que nada te pase.

Salí del grupo para que no vieran que estaba llorando ante tamaña crueldad.

Al día siguiente se me informó que habría un mitin en la Concha Acústica. Mundo era el orador designado.

Se inició a las seis y contra lo supuesto, el pelotón modelo apareció diez minutos después. Los gases lacrimógenos me impedían ver con claridad la figura de Edmundo parado en una silla pronunciando un fogoso discurso. En ese instante estalló una granada de mano en el sitio donde él se hallaba y su silueta desapareció. Nos dispersamos en distintas direcciones. Corrí sobre la sexta calle rumbo al Conservatorio. Lloraba a lágrima viva.



-¡Lo mataron!, ¡lo mataron! -repetía con el pensamiento- ¡por fin acabaron con él!

Llegaba a la segunda avenida cuando una voz familiar me gritó:

-¡Parate Chochoy! Era Edmundo muy ufano.

-¡No te pasó nada! ¡Qué bien! Creí que la granada te había hecho pedazos.

-La granada la tiré yo y desaparecí -me explicó con el orgullo de un mago al hablar de sus trucos-.

Le di un golpe en la cabeza.

-¡Pudiste avisarme! Le grité furiosa

-No -me contestó, me hubiera perdido de verte llorarme-

-¡Que zoquete! -respondí-, lárgate a tu casa, hoy si estoy tan enojada que te mataría yo misma, tomando el rumbo opuesto hasta mi casa.

Lo oí desternillarse de la risa mientras me alejaba.

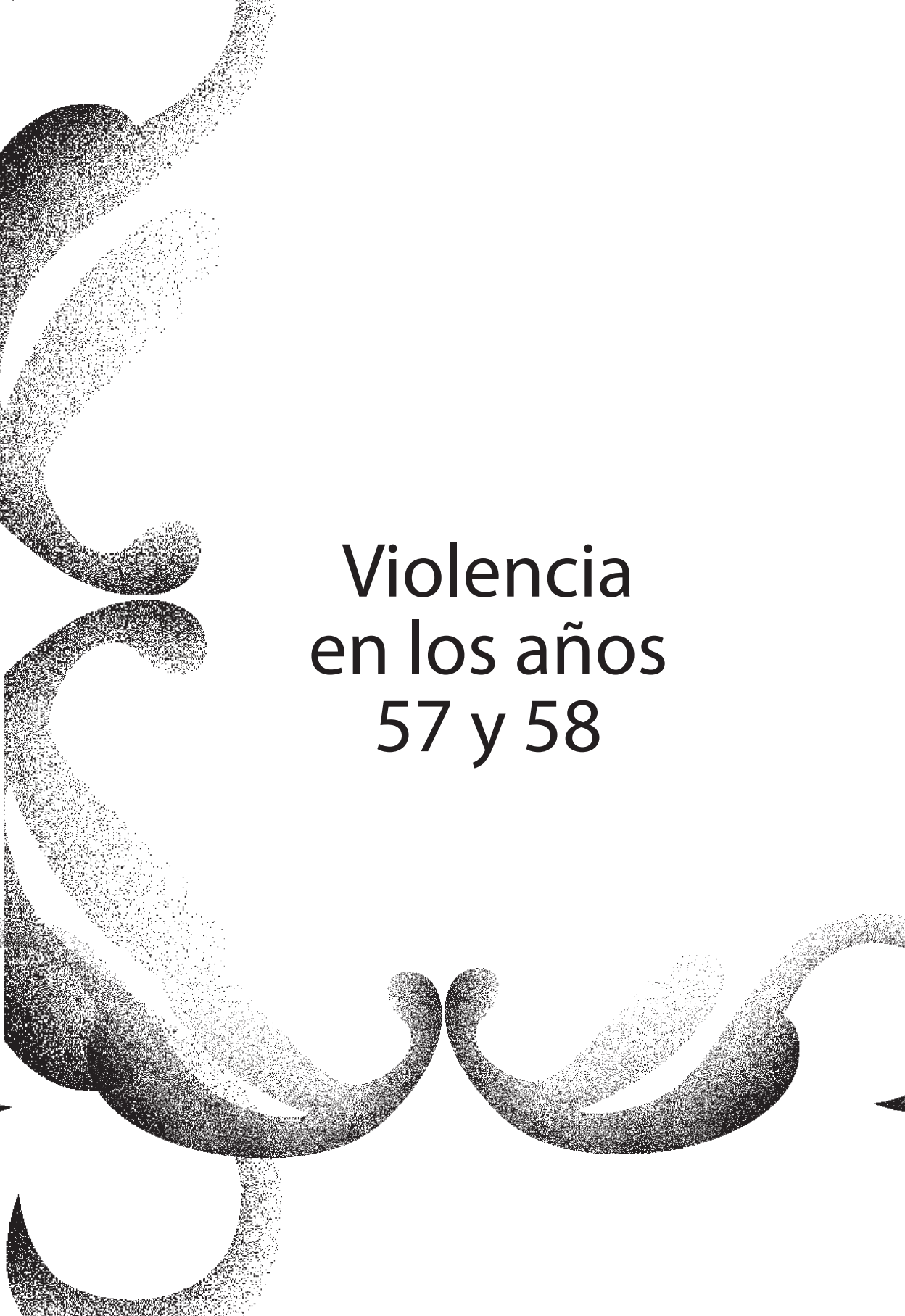
Después de ese incidente se fue a China y no lo volví a ver sino años después. Tres días antes de su muerte para ser exactos.

Estaba a cargo del Bufete Popular de la USAC y me pidió atendiera a unos periodistas del New York Times que me preguntaron en torno a la violencia en Guatemala. Les describí con lujo de detalles el tema.

No pedí que me mostraran sus credenciales, tampoco busqué la entrevista en sitio alguno, internet era apenas un sueño, lo cierto del caso es que 48 horas después, quince minutos pasado el mediodía, dos individuos vestidos como campesinos entraron y le dieron muerte disparando a quemarropa.

No asistí a su funeral, creo que ya nos habíamos despedido ocho años atrás, el día en que lanzó casi sobre sí mismo la granada de mano.





Violencia  
en los años  
57 y 58





**P**ara llegar más rápido a la facultad de Leyes, atravesaba el sinuoso camino que había en el antiguo Fuerte de San José, cuando salieron de un vehículo cuatro hombres que, interceptando mi camino, me introdujeron en el mismo diciéndome:

–¡Comunista, hija de puta, te vamos a desgraciar la cara si nos seguís jodiendo!

No identifiqué sus caras, el brillo de una navaja se tiñó de sol.

No demostré temor, pero temí que al utilizarla lesionaran mis ojos.

Con una fuerza que no me creí capaz los rechacé y el arma se deslizó bajo la yugular e hirió mi hombro izquierdo, aún conservo la cicatriz, blancuzca, que loide y fea. Abrí la puerta y eché a correr imaginándome que me perseguirían, mas no fue así... aún me pregunto la razón.

Sentí una rara vergüenza que me hizo detener en la 18 calle y 9a. avenida. Compré un pañuelo rojo con bolitas blancas y aguanté la respiración; tenía la blusa manchada, y sentí vergüenza de llegar así a la escuela de Leyes.

No quería que mi familia me viera así, desconsolada vagué por la 6a. avenida y 15 calle. No me atrevía a ir a un hospital o a un médico particular. Esperé que oscureciera tomando una crema de Las Diamelas oprimiéndome el pecho con la mano derecha para evitar el desangramiento.

Fue entonces cuando me invadió realmente el miedo, no a la muerte sino a resistir un interrogatorio sin delatar a nadie.

Regresé a casa me puse un poco de alcohol en la herida y con ello pude descansar.

Aprendí que debía ser más cuidadosa y no exponerme ni exponer a nadie más.

Este incidente fue nada comparado con la atroz muerte que sufriría luego Rogelia Cruz.

La recordada de Belén, el cabello color miel y los ojos llenos de lágrimas, vestía





de luto siempre, pero ignoraba por qué, en un concurso la escuché declamar la Antífona de Peleas y Melisanda, me pareció encantadora.

Dina, otra amiga, me dio la noticia: “en el Quinto Cuerpo de Policía Nacional había sido violada infinidad de veces y luego asesinada a mordiscos”. La bella y las bestias -pensé- Miss Guatemala, orgullo de Belén y a quien calificasen de una moderna Cenicienta.

No encontró príncipes que la salvaran sino ogros feos que se sirvieron de ella como un platillo fuerte o un postre jamás probado. Lloré su destino y, la corona de espinas que el tiempo me había trenzado tenía, ahora, una dorada espina más. Añoré no haber sido su amiga antes que tanta desgracia se cerniera sobre nosotras.

Si pudiera recordar todos mis errores y armarme de valor para reconocerlos, ubicaría en primer lugar a Rogelia y en segundo a un estudiante de Economía, a quien calificué de petimetre, pensando que ambos eran “muy apagados” en sí mismos.

Una noche llegó a nuestra célula que se reunía en la 12 calle “A”, próxima a Belén.

Nunca vi a nadie temblar de modo semejante.

–¡Me atraparon, estuve preso y acaban de soltarme -sollozaba- de sus labios salían grandes hilos de sangre. –Me barrenaron todos los dientes y me tiraron del puente Belice atado con una cuerda, querían saber sus nombres y siempre repetían.

–A la próxima te tiraremos sin cuerda, yo no los delate muchá, pero me hicieron mierda, me cagué en los pantalones, apenas pude llegar aquí. Pero no hablé muchá.

Disolvimos la reunión al instante y quedamos dos para ayudarlo. No sabíamos cómo.

Lo primero sensato fue buscar una camarada de Odontología, quien francamente horrorizada procedió detener la hemorragia y aplicar un antibiótico.

Avisamos a su familia y mientras la madre lloraba, el papá nos vio con rencor.

–Es culpa de ustedes que no paran de reclutar personas

¡Miren como esta mi hijo!.

Mi compañero que se distinguía por su forma tan pedagógica de hablar intentó explicar cómo solamente el amor a Guatemala los inducía a unirse a nosotros, incluso, que él era en edad mayor que ambos. Yo opté por el silencio. Solo era cuestión de tiempo para sufrir lo mismo o algo peor. No recuerdo que nos permitieran volver a verlo.




¿Secuestré  
a Monseñor  
Casariego?









**N**i enterada de tal noticia estaba, cuando mamá, quien ya cojeaba de una pierna, llegó a mi nueva “residencia” en la colonia 1o de Julio

—¡Rosita! -me gritó- tienes que esconderte, la policía te busca de nuevo por el secuestro de Mario Casariego. Entró en mi casa lanzando furtivas miradas con lo que creía era un perfecto disimulo, para ver si no encontraba allí al prelado.

La miré divertida, mientras me mostraba cuidadosamente mi foto en un panfleto que incluía a los padres Maryknoll con los que jamás había tenido contacto alguno.

Al ver su nerviosismo recordé una noche años atrás, cuando una redada a gran escala significó la prisión para los intelectuales más destacados de izquierda, entre ellos Carlos Navarrete.

La persona encargada de avisarme olvidó mi teléfono, de suerte que este sonó casi al unísono con la llegada de los mal llamados policías judiciales.

Encendí la luz de mi dormitorio y me vestí lentamente, unos siete de ellos entraron por la puerta

—¿Dónde está la líder comunista a la que llaman Rosa o Chocha? -inquirieron-

Mi prima y su esposo rodearon a mi madre, yo esperé a que me arrestaran, revisé mi ropa y mi maquillaje.

En un cuartito de al fondo, escondidos en una llanta de carro permanecían papeles que, de ser vistos, habrían significado la ejecución de muchas personas.

Me apresté a dejarme conducir. El jefe del grupo me miró indiferen-

te, sus ojos eran tan fríos como los de un pez. No mostraban odio y difícilmente imaginaría en ellos, capacidad de amar.

Yo terminé de polvearme el rostro y permanecí quieta, desafiante.

Él siguió una búsqueda absurda, abrieron el cuarto donde descansaban mis sobrinos al cuidado de dos niñeras jóvenes, que medio desnudas lanzaban gritos de terror.

Mis sobrinos eran cuatro, los sacaron de sus cunas y los lanzaron al suelo, apenas entreabrieron los ojos, eran muy pequeños para aterrorizarse y el sueño los vencía.

Un hábito adquirido desde mi niñez me hacía colocar una escalera en el segundo patio para llenarme los ojos de estrellas.

Uno de los judiciales le grito a su jefe:

–¡Don Napoleón se me hace que la muy cabrona se pasó por esta escalera a la casa de al lado!

Se subió “don Napoleón” con una linterna y se dio cuenta que la casa estaba desocupada, regresó a donde se encontraban mi madre y mi prima y las increpó.

–De llevarnos a alguien tenemos que hacerlo, una de ustedes se viene con nosotros.

–¿Usted es la mamá? Nos acompaña.

Mamá temblaba como una hoja, se acercó a ellos Julio, el esposo de mi prima.

Don Napoleón lo vio de pies a cabeza.

–Este está mejor -dijo el jefe- usted nos acompaña, mi prima lo empujó fuertemente.

–Sí, Julio, váyase con ellos así aclara las cosas.

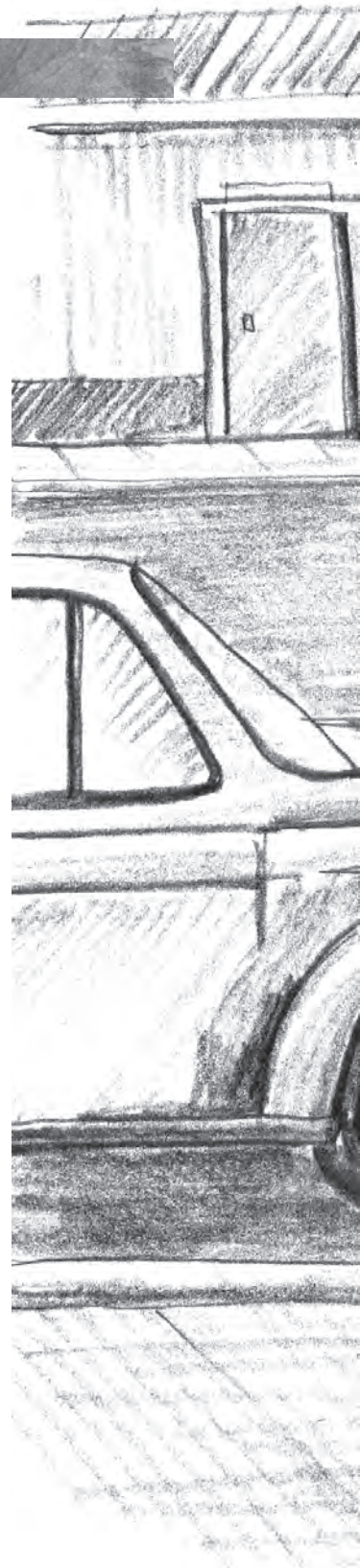
Sin más lo metieron en la radio patrulla.

–¡Si yo apenas la conozco!, ¿Qué quieren saber?

–Allá lo interrogaremos, le dijo otro policía con ganas de alcanzar algún mérito.

Se llevaron a Julio y, entre tanto mi prima calmó a las niñeras y reacomodó a sus hijos

¿Por qué no me entregué ahorrándole a él pasar un mal rato? Aún me quebraba la cabeza temiendo haberme vuelto cobarde y poco digna cuando sentí sobre mis piernas la cabeza de Oso. Era un perro pastor alemán cuya estampa en la noche era aterradora, de día su piel floja y cálidos ojos









movían a tristeza.

Recordé mi compromiso de eliminar los papeles entre los cuales figuraba un organigrama de las diversas ramas del P.G.T. y la J.P.T. ¿Serían ellos la causa de mi conducta o un signo de inexplicable desprecio hacía la vida humana? Las lágrimas caían de mis ojos sin yo sentirlo, mojando la noble cabeza de Oso. Aún no cesaba de culparme cuando regresó Julio sano y salvo. Si bien ello alivió mi conciencia, mis dudas internas continuaban.

Julio me miró sin rencor. Ahora era un héroe para todos.

–La orden que traían -me dijo- era tirarte al río Suchiate. –Mejor les hablo a Nicolás y Sara y te vas a vivir con ellos un tiempo -me dijo-.

Era una forma ejemplar de castigo, no por Nicolás un buen hombre sino por el difícil carácter de Sara.

–Pero hay toque de queda ¿Cómo se va a ir? -gimió mi madre- Le hablé rápidamente, rogándole hiciera desaparecer los documentos ocultos en la llanta.

Me puse la sacola que tantas veces me sirvió en momentos de angustia y salí a la calle.

Ya mi prima se había comunicado con Nicolás y Sara quienes me esperaban.

Llegué a la avenida Bolívar y me acerqué al primer policía nacional que vi

–Señor -le dije- mi madre está grave y ningún taxi circula sin escolta ¡Ayúdeme!

Mis palabras eran falsas, pero el temblor en mi voz y el dolor que embargaba mi espíritu no.

Amable el agente llamó un taxi, usualmente se estacionaban en la 22 calle y avenida Bolívar y allí pasaban la noche.

Como usaban sus servicios con frecuencia los mayores de mi familia, me reconoció, temí lo peor cuando el bondadoso agente le narró mis cuitas, sobre todo lo de la madre a punto de fallecer, pero no me delató, sabía algo de mis actividades y simpatizaba con ellas, así custodiada llegué a mi destino.

Era una casa bastante curiosa por no decir, un laberinto arquitectónico.

Al centro, una casa de madera rústica pero bella, había sido rodeada por una construcción de concreto. Se me indicó que podía tomar posesión de la casa de madera, a la sazón desocupada pues esta poseía un sótano donde en caso de necesidad debía ocultarme.

Pasaron meses sin recibir visitas de mi familia por temor a ser seguidos; cuando al fin llegaron, traían consigo la máquina de escribir que yo reclamaba constantemente.

Una sorpresa gratísima fue la visita de Marta Aurora y Luis Turcios, no imaginé el trágico fin que este tendría poco tiempo después.

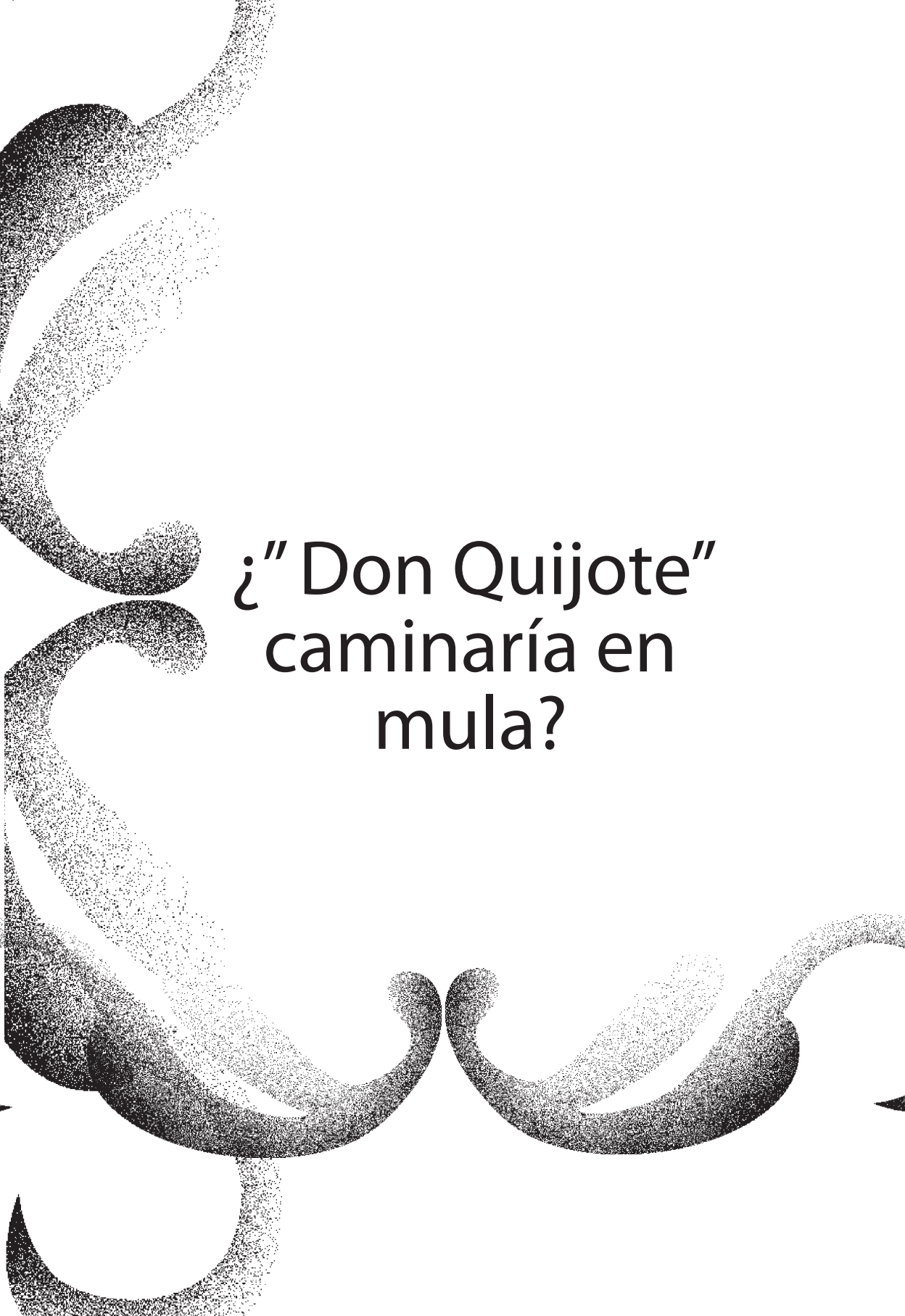
Pude regresar finalmente a mi casa, la vida y la lucha continuaron, pero, sucedía dentro de mí que añoraba impartir clases, a sabiendas que esto era impo-

sible me resigné, pues la vida de guerrillera urbana y la clandestinidad fue mi destino.

Al ver el sufrimiento de mi madre, ahora, no puedo menos que agradecer cada instante de vida que me fue concedido. La convencí de mi inocencia en cuanto a secuestro alguno, besé sus blancos cabellos y la invité a refaccionar tranquilamente.



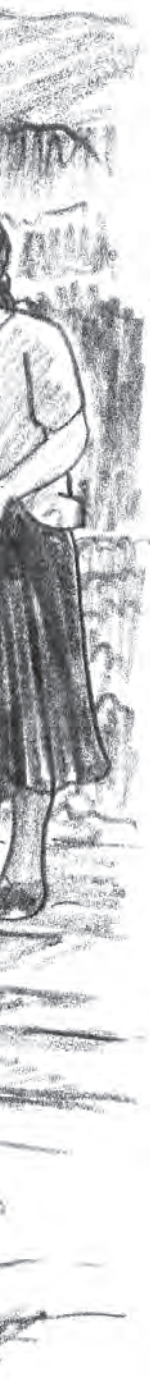


The image features several decorative, swirling flourishes made of a dense stippled or dotted pattern. These flourishes are positioned on the left and bottom edges of the page, framing the central text. The text is centered and reads: 

¿" Don Quijote"  
caminaría en  
mula?





A vertical illustration on the left side of the page shows a woman from the waist down, wearing a dark, long-sleeved dress. She is standing on a path or road, looking towards the right. The style is a simple line drawing with some shading.

**C**orría el año 1959 cuando viajé hacia Alta Verapaz, la idea era analizar las posibilidades de un núcleo guerrillero. La familia de doña Adelina V. me recibió con toda amabilidad, me sentía la hermana menor de Judas Iscariote, pues ocultaba la realidad de mis intenciones, Herbert Q. me recibió en el aeropuerto, debo confesar que los aviones (medio de transporte más rápido) eran verdaderas carcachas a merced del viento, creo haber vomitado unas tres veces pero nadie me criticó, era una reacción normal según deduje.

Descendí con piernas temblorosas, una impaciente persona con unas orquídeas en las manos entre las cuales sobresalía una bellísima Monja Blanca, la primera y última que he tenido en mi poder, estuvo a recibirme.

Me presentó a su chofer disculpándose por no llevarme a mi destino presurosamente, pues iba a buscar víveres y se imaginaba que yo vendría cansadísima, me sentí más apabullada por tanta deferencia y me prometí no hacer nada que los dañara.

El camino de Cobán hacia Carchá era tan estrecho y sinuoso, como el del avión y solamente me consolaba estar en tierra firme y no a merced del viento.

Armándome de valor le indiqué al chofer que tomara en cuenta unas desvaídas señales de tránsito indicadoras de lo peligroso de ir a toda velocidad por las curvas acentuadas y la necesidad de hacer uso de la bocina. Él se rió

—Si hiciéramos caso de esos avisos seño, tardaríamos un siglo en llegar.

Cerré los ojos encomendándome a mi buena suerte, los campos de café en ceceo pasaban al lado del jeep sin causar emoción estética alguna en mí. Tenía miedo. De pronto un frenazo inesperado me sobresaltó, tres mujeres indígenas venían por el camino. El chofer descendió, creí que para darles paso pero no, las insultaba en un idioma que me era poco familiar. Las tres parecían asustadísimas y él golpeó la mejilla de la más anciana con el puño cerrado, olvidando mis temores bajé indignada





-¿Qué le pasa a usted? -pregunté- ¿Cómo puede golpear a una mujer con tanta brutalidad?

Haciendo caso omiso de su fortaleza le sujeté el brazo:

-¡No las lastime cobarde! -le grité-

-¡Suélteme! Señor estas indias son brutas y no respetan que es el jeep del patrón.

La sangre subía a mi cabeza, y sin medir consecuencias me aferré a sus muñecas.

-¡Pasen rápido! -les grite- para que no las vuelvan a lastimar.

Entendieron si no mi idioma, al menos sí mi gesto.

Vi por primera vez a quienes cortaban el café colocándolo en un cesto, esperaba que vinieran en ayuda de las mujeres, pero debía ser una escena familiar y continuaron trabajando sin dar señal de indignación.

-¡Voy a contarle lo sucedido a sus patrones! -amenacé por última vez-

-Hágalo -respondió- ellos saben que así se debe tratar a estas indias más brutas que los animales.

Volví al jeep enojada aún, pero deseosa de llegar a la "Casa Grande", yo tenía por misión ir a Carchá y Cahabón. Así que dispuse guardar mayor compostura hasta entrar en la finca, el hombre parecía haber olvidado todo el incidente. Cargó mi equipaje servilmente hasta la habitación donde me alojaría. Había entrado al mundo de la discriminación casi sin darme cuenta.

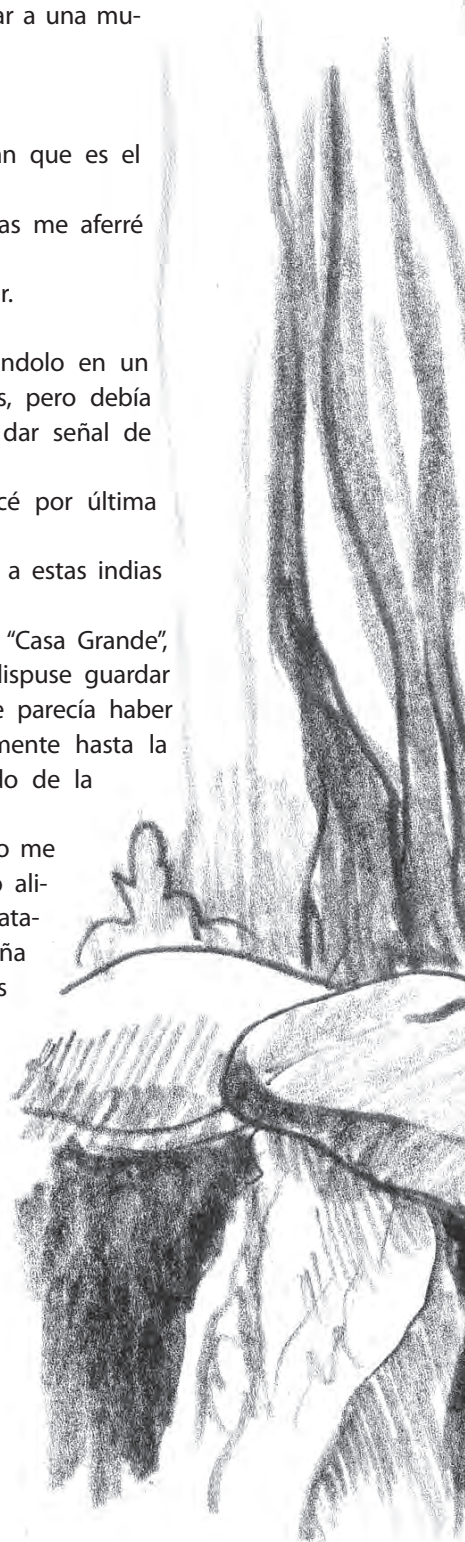
Retomé mi papel afectuoso para con mis anfitriones, no me sentía a gusto conmigo misma ni con los demás, pero aliviaba mi vergüenza el hecho de haber visto cómo trataban a sus empleados. Me hice amiga de un nieto de doña Adelina. Le enseñé a jugar póker y supe muchas cosas inimaginables, él las narraba con naturalidad.

-Me contó el chofer que te enojaste porque le dio su merecido a una vieja india, así se les debe tratar o huevonean, la vez pasada un familiar tuyo tuvo que vestirse de negro y hacer sonar dos latas de sardina por todo el caserío para forzarlos a trabajar más rápido.

-¡Hubieras visto, fue el mejor día de coleccionar café! Si no se hace a tiempo se echan a perder los granos. El chipi - chipi es jodido vos.

¡Un familiar mío!, quedé estupefacta

-¡Quién de los míos haría semejante cosa!











Resultó ser un familiar político muy allegado a ellos.

La casa estaba construida sobre un siguán, se decía que estos agujeros no tenían fondo, y por ello las letrinas y las duchas encontraban en este un desagüe natural, oí, proveniente del baño, un ruido extraño, como si algo se arrastrase me levanté a investigarlo:

-¿A dónde vas? -preguntó sonriente el chico.

-Escuche algo, quedate aquí

-No te va a gustar lo que vas a ver -me dijo entre risas-

-¿Sabes qué es? -le pregunté-

-Sí, es nuestra mazacuata, no podemos tener gatos porque a mamá no le gustan y los perros atraen a los tigres, así que la serpiente se encarga de comerse a los ratones.

No temía mucho a estos animales (serpientes y ratones) pero sí me fastidió el tamaño de la mazacuata que logré entrever, y me prometí hacer uso lo menos posible del sanitario.

Estuve con ellos un mes, cuantas veces pude incursioné en los campos de café, quise ganarme la simpatía de los trabajadores, en vano, yo vivía en la Casa Grande, era amiga de los patrones y solo experimentaban recelo por mis visitas.

Llegó el momento de ir a Cahabón a visitar la imagen de la virgen (esta se encuentra en la Casa Trinitaria actualmente), doña Adelina montó a caballo, se me dio una mula, mi anfitriona debía tener casi ochenta años, yo no llegaba a los veinte, me molestó sumamente me dieran tal cabalgadura pero no pedí explicaciones, el camino hasta Cahabón era un estrecho desfiladero: a la izquierda un muro de rocas impedía el paso, a la derecha un enorme precipicio se divisaba amenazante; llegamos a un paso donde una húmeda piedra laja servía de paso, de puente sobre el abismo, doña Adelina iba adelante y pasó briosamente al otro lado del desfiladero, mi montura se detuvo negándose a pasar, golpeé sus ijares para evitar el ridículo. La señora se volteó risueña:

-¿Qué te pasa Rosita? -me gritó mientras el eco repetía su voz

-La mula tiene miedo, dije enfurruñada.

La comitiva entera compuesta por sus hijos, nueras y nietos se reían, también volví a golpear al animalito cuando ella preocupada me ordenó:

-Bajate, si la mula no pasa es porque hay peligro para ti.

¡Bajarme! ¿Hacia qué lado? Al del muro no, era un espacio muy estrecho, Hacia el precipicio sería una locura, la tierra estaba lodosa, mentalmente ya me hacía destrozada al fondo.

-¡Rosita! -volvió a gritar- ¡bajate! Esta vez su voz no admitía un no por respuesta.

Escogí la manera más ridícula de bajar, me tiré hacia atrás, justo donde la cola



del animal acababa de expulsar su maloliente estiércol.

Todos se rieron, ella me ordenó cruzar a pie sobre la piedra laja, le hice caso. La piedra en cuestión se veía húmeda y resbalosa, mis zapatos a duras penas obedecían el temblor de mis pies. Hubiera preferido pasarla arrastrándome pero temía perder el resto de dignidad que me quedaba.

Atea por decisión me encomendé a toda la corte celestial y crucé, la mula me siguió mansamente: estábamos del otro lado cuando la piedra cayó, el peso de las dos hubiera sido demasiado y habríamos caído.

—Donde la mula no pasa hay peligro, por eso te la di, es mía -repetía doña Adelina-. Me temblaban aún las piernas cuando me forzó a montarla de nuevo.

La fiesta en Cahabón fue una tortura, pues solo pensaba en el horror del regreso. Para distraerme de tan negros pensamientos acepté la invitación de otro de los hijos de doña Adelina y fui a pasar con la familia de este un día sábado, me pidieron que les ayudara con el pago de sus empleados: yo sumaba lo que ellos ganaban, pero, para mi sorpresa recibían mucho menos salario, a veces eran familias enteras, escuálidas imágenes, niños con el vientre demasiado abultado, le pregunté a la bella esposa de mi anfitrión la razón de esta variante.

—Son deudas que tienen en la tienda -explicó- sin poner demasiada importancia al hecho.

—¿Hay tiendas por acá? -pregunté asombrada- ¿de quiénes son?

—Hay una, claro es nuestra, si quieres algo de allí, -miró calculando qué podría necesitar-

—a veces tenemos caramelos...

En vista que la mula y yo parecíamos haber llegado a un mejor entendimiento y, habiendo concluido la tarea de pagar a los jornaleros, fui a la "tienda"... predominaba el licor y algunos granos básicos, los precios superaban los de los mercados que yo frecuentaba con mi abuela en casi un 25%.

¡No solo los hacen trabajar como esclavos sino les roban! ¿Con qué necesidad si tienen todas las comodidades que se puedan desear? -pensaba para mí-

Con un sentimiento de repugnancia regresé a la casa. El almuerzo era opíparo pero a mí se me hacía difícil de digerir. En el plato del dueño de la finca no había nada, más tarde le trajeron en una linda fuente dos huevos tibios y un trozo de queso. En medio de tanta abundancia era lo único que podía comer, una úlcera lastimaba de tal manera su estómago que otra vianda distinta le producía fuertes dolores. Sentí por ellos una pena infinita.

—Ya le diste a Rosita fresco de súchiles, le preguntó a su esposa.

—Aún no ¿Quieres probarlo? Tenían una mirada cómplice.

Acepté el reto, con mis primos nos gustaba tomarlo, pues lo comprábamos en una tienda de la avenida Bolívar. Recibí pues un vaso frío de lo que parecía ser "el famoso súchiles", me imaginé que su sabor un poco menos dulce era



producto de una manera distinta de prepararlo, ignoraba que se trataba de boj, una bebida fermentada que hacía en el organismo un efecto similar al del ron.

En unos minutos me encontraba montando en una briosa yegua, propiedad de los Vega y corriendo con ella hasta unas lomas que me parecieron aseguibles, volví a la realidad cuando el fino animal dio un salto y vi como sus patas delanteras se hundían en la perenne verdosidad de un resbaloso camino, manejando con dificultad las riendas logré llegar a la puertas de la finca donde ambos esposos y sus hijos horrorizados miraban mis torpes maniobras.

Me quedé dormida como un leño, al amanecer quise moverme pero me dolían todos los músculos, no acepté una aspirina, pero sí un vaso de boj que me hizo sentir como nueva.

Doña Adelina había llegado para el rezo de la novena a la Virgen y les reprochó por permitirme el acceso a la bebida en cuestión.

–Pudo desnucarse la patoja -exclamó-

Por la noche sirvieron un extraño ponche con pedazos de pan francés dentro.

Los adultos nos sentamos a la mesa que habían preparado. Bajo ella, un tropel de niños se acomodaban en espera de recibir algún sobrante de alimentos, confusa recordé mi infancia cuando me llevaban el desayuno a la cama por estar en el cuadro de honor como mejor alumna, (pretextos de un amor que recibía gratuitamente y sin medida). Escogían para mí el tamal mejor hecho y en la bandejita, doblados los “chistes” de El Imparcial.

Las manitas de esos niños tenían callosidades por hacer oficio de adultos. Yo miré las mías, eran otras las marcas, las producidas por el ocio, apenas resaltaban las incipientes huellas dejadas por una pistola demasiado pesada, demasiado dura y aterradorante.

Regresé a la capital, después de unos días llevaba el informe que el P.G.T. me solicitara, el otro informe, el de las condiciones de vida de estas familias ricas o desposeídas quedó indeleble en mi memoria hasta hoy.







Marco Antonio  
Yon Sosa





**E**l pálido sol de las tardes de diciembre rozaba con delicadeza los geranios del patio.

Aficionada desde niña a la magia de los caleidoscopios, imaginaba a la naturaleza haciendo lo mismo, cambiando las tonalidades y la posición de las humildes flores en un juego irrepetible de luces y de sombras.

Desde la biblioteca escuchaba las voces alegres de los tíos que aplaudían a la “Mamita”, una encantadora anciana de ojos azules, cada vez que bebía un sorbo de tequila con sal y limón, con tal pericia que confirmaba su origen mexicano.

Molesta por no haber sido invitada a la celebración busqué distraerme releyendo alguno de mis libros favoritos.

En la búsqueda recordé que sobre el trinchante del comedorcito que compartía espacio con el estudio había quedado una botella de Chianti sin consumirse del todo.

En vano había esperado por los sobrinos que me hacían partícipe de sus juegos, embelesados por el yo-yo, (yo carecía de toda destreza para usarlo) siempre mi debilidad han sido los niños, sus lúdicas proezas despertaban mi imaginación y prefería su compañía a la de los adultos y jóvenes de mi edad.

Esa tarde que florece en el laberinto de mi memoria tuvo un giro inesperado.

Mis dos perros: Rocco, un bellissimo Collie y Kyra, una pequeña pastor alemán ladraban furiosamente, supuse los habían encadenado. Abrí la puerta dispuesta a liberarlos, me cerró el paso Chabela, una niña indígena asignada a mi servicio, pero a quien preferí inscribir en la escuela de aplicación de Belén. Recuerdo haberle cosido yo misma el uniforme y terminé convirtiéndome en su tutora, Juanita, una de las tías dispuso que tanto mimo la “echaría a perder”, así que por las tardes la empleaba para realizar oficios domésticos.

—Dice ella, la Juanita, que no la deje salir porque el piso está mojado, estamos trapeando y no quiere marcas de zapatos.





La miré entre enojada y divertida, Chabela esgrimía el trapeador con la misma determinación como supongo lo harían los ángeles custodios del Edén perdido.

Opté por hacerle caso y volví al comedorcito y me serví un vaso de vino que apuré de inmediato, sirviéndome un segundo vaso estaba, cuando un tropel de pasos se escuchó en la puerta de la biblioteca, me asomé dejando el vaso servido en la mesa, curiosa por saber quien osaba desobedecer las órdenes de la Juanita, en el dintel se dibujaron las siluetas de varios hombres que por su porte debían ser indudablemente militares.

–Una redada -pensé- y me senté en la que llamábamos “la silla peligrosa” en honor de aquella otra que permanecía vacía en la mesa redonda del mítico Rey Arturo.

Sujeta con cinta adhesiva al asiento estaba una pistola, única arma que nos permitíamos tener dentro de la casa.

Quien parecía ser el jefe me tranquilizó con un gesto:

–Soy Marco Antonio Yon Sosa y usted es Rosa, Chocha le dicen ¿no?

Asentí con la cabeza incapaz de hablar. Con un ademán les invité a acomodarse como mejor pudieran en la pequeña habitación. Bebí el vino servido.

Uno de ellos cerró la puerta y se quedó de pie al lado con un arma lista para su uso.

Con Yon Sosa venía una joven de mi edad, tenía el cabello rubio, unos ojos azules desteñidos y una bonita figura.

–Queremos unirnos con el ala militar del P.G.T. ¿puede decirnos cómo hacerlo?

Si hubiese sido más honesta habría dicho “¡Ni idea!” pero el suave calorillo del vino hacía sus efectos y me sentí capaz de cualquier cosa.

–¡Por supuesto! –respondí-

–¿Tiene algún arma en la casa? -preguntó-

–Si -dije-

–¿Dónde? Me preguntó él,

–Acá en la silla donde estoy.

Pareció más tranquilo.

–Eso quiere decir que de haberlo deseado nos hubiera disparado al entrar, bromeó.

Para mis adentros recordé que únicamente quitar la cinta adhesiva me hubiese costado un ojo de la cara y unos quince minutos, pero me limité a sonreír en tal forma que parecía ser un sí.

–Bien, entonces usted será nuestro contacto.

Me sobresalté, enredada en una maraña de siglas donde realizaba actividades políticas (C.C. de la J.P.T.), P.G.T., AEU... ya no tenía acceso directo con los miembros del C.C. del P.G.T. pero no quise dar marcha atrás.

-¿Está bien programar la reunión para pasado mañana en la noche? -preguntó confiado-

Yo me hacía con un período de espera de un mes al menos, pero solo tenía 36 horas. Mamá decía de mí, que tenía un valor “de chucho enano”, le doy toda la razón.

La chica que resultó llamarse Margarita, se ofreció a llamarme para confirmar la cita. Le di un número de teléfono y mi pseudónimo: Carmen.

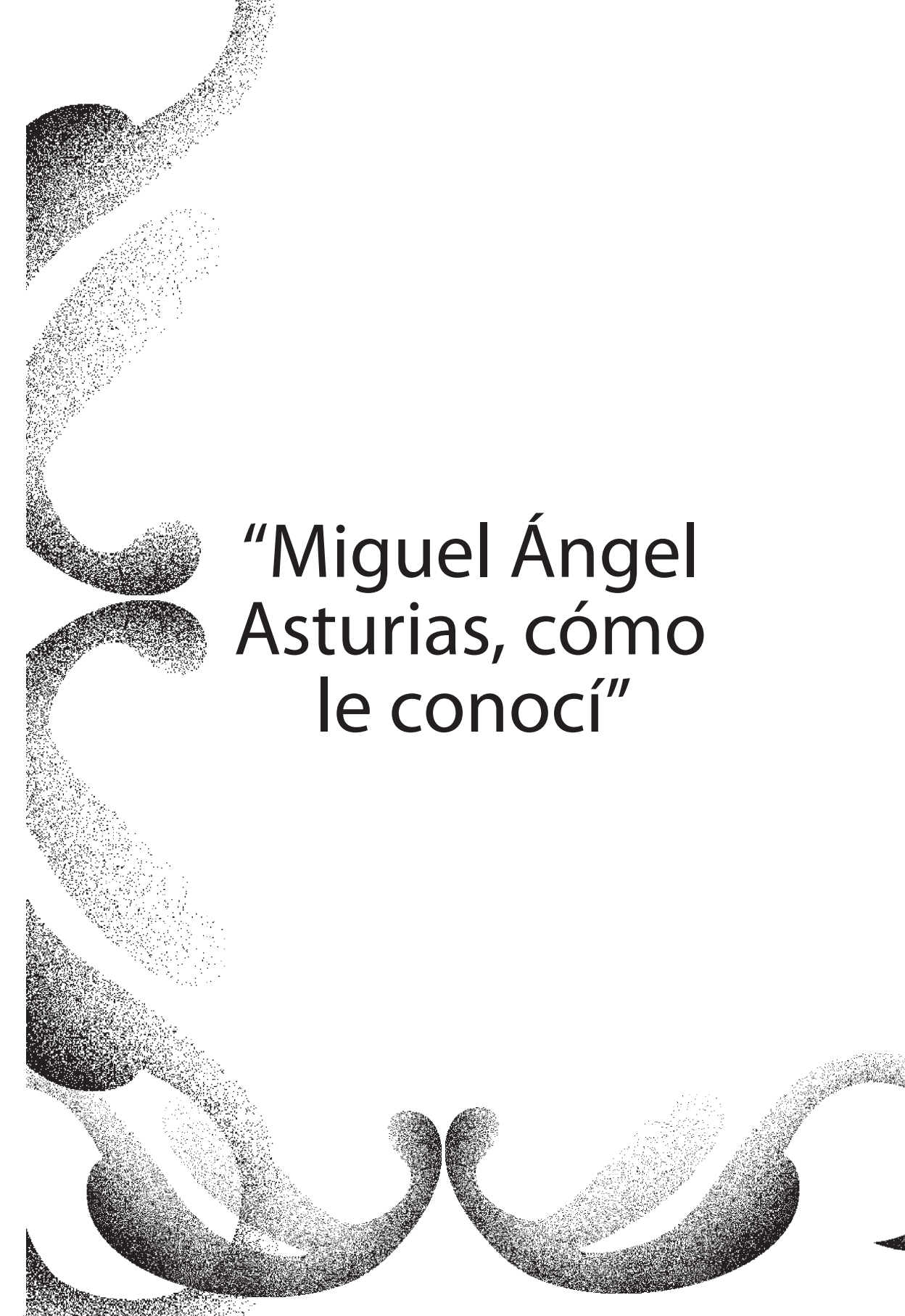
Evidentemente satisfechos salieron tan ruidosamente como habían entrado.

Comenzó mi calvario, busqué todo contacto viable hasta que lo logré. Cuando Margarita llamó tenía la hora, dirección y nombre de quienes participarían en aquella histórica fusión.

La Navidad que estaba próxima y que yo no pude darle la merecida atención estando como estaba, con el dolor del fracaso del Movimiento 13 de noviembre, adquirió un especial relieve, llené la casa de manzanilla, pino, pata de gallo y regalos para todos.

Mi amistad con gente del Movimiento 13 de noviembre que me visitaba, perduró, pero a Margarita no la vi más.





“Miguel Ángel  
Asturias, cómo  
le conocí”







**R**odrigo se había negado siempre a ser presentado como el hijo de Miguel Ángel Asturias por desear ser apreciado por sí mismo. La muerte de su tía, doña Margarita fue un rudo golpe no solo por el afecto que se profesaban, sino porque en su testamento dejaba explícito que no dispondría de ningún bien como heredero sino hasta transcurridos diez años, influida por su confesor quien le sugirió tal cosa aduciendo que todo dinero empleado en la guerrilla le condenaría al infierno.

Así su situación, era más pobre que nunca, nos contó lo sucedido y de inmediato le ofrecimos casa y alimento.

Creí que con la venida de Miguel Ángel Asturias las cosas mejorarían... Me equivoqué radicalmente, Miguel Ángel, ignoro por qué, no sentía ninguna simpatía por su futura nuera. Esto me dolía y cuando fui invitada a su casa para conocerlo personalmente, casi me forzaron a llevar los últimos poemas que había perpetrado. Rechazó dos que evidentemente tenían influencia nerudiana el resto le gusto enormemente.

—¿Cuánto tiempo le dedicás a escribir? -preguntó-

—Tres horas en la noche y dos en la madrugada -respondí sinceramente- aunque últimamente me quedo viendo la máquina de escribir y no puedo seguir adelante.

—Eso nos pasa a todos los escritores, si no te brota nada, imita a los poetas del Siglo de Oro de España y volverás sin sentirlo a recobrar tu vena poética

¡Había dicho “nosotros los escritores”!

Me sentí en el séptimo cielo, olvidé la vergüenza que mi ego agigantaba por los poemas rechazados y casi pude impedir torturar mi memoria, inmune a los elogios y propensa a no olvidar mis errores.



Nos avisaron que el almuerzo estaba servido, busqué una excusa para retirarme pero no fue aceptada, como “cordero al matadero” les acompañé, algo me alertaba, mi instinto capaz de detectar el ridículo antes que se presentara.

Estaba allí en cada plato una langosta a la Termidor: parecía reírse de mi confusión ¡No sabía cómo comerla sin violar toda regla de etiqueta!, musité una mentira:

–Disculpen soy alérgica a los mariscos -debí añadir- y a los siete cubiertos de plata cuya función ignoraba. Me sentí más aterrada ante su sola vista como la más vieja mujer-lobo del planeta.

Rodrigo me miró con asombro, pues sabía de mis escapadas al restaurante Sans Souci donde ingería sin ambages una libra de camarones empanizados con salsa tártara o al ajillo (ésto claro, cuando era fecha de pago y no se cruzaba en mi camino alguna librería.)

Mi plato fue retirado y sustituido por una chuleta ahumada con guarnición de vegetales. Me “alegró el ojo” que descorcharan una botella de Ron Colonial y gaseosas, ya fuere para preparar una cuba libre o tomar el famoso refresco de cola.

Preparé en un santiamén mi bebida y de tímida que era me volví parlanchina, hablé con desagradable suficiencia acerca de





mis autores favoritos entre ellos Vladimir Nabokob y Sartre, obviando a mi ilustre compatriota, ignoro por qué razón, pues desde mi niñez le admiraba, al punto de recibir una severa reprimenda por cantar:

–¿“Por qué me quieren las putas a mí?  
Porque les canto la Flor del Café”

Mientras cortaba nísperos con mi abuela.

Esa omisión me valió una mirada reprobatoria de los presentes. No podía enmendar mis palabras y me sentí de nuevo agobiada. Terminó el almuerzo y salí cabizbaja hacia mi casa... contra lo imaginable dormí como un leño pero desperté con una goma moral de antología. Fui a impartir clases al Guatemala Institute mientras pensaba que a esas horas todos comentarían: “La Rosita ofendió al Gran Moya”, cosa poco probable.

Un suceso inesperado cambió mi estado de ánimo, supe de alguna manera intuitiva que una de las dos jóvenes novias de Mario Ch. se suicidaría ese día. Garrapateé en un papel mi premonición y se lo di al “Pingüino”, el portero del colegio. Equivoqué el nombre de la joven pero el “Pingüino” ya había salido rumbo a su bufete.

Esa noche durante la conferencia de Miguel Ángel Asturias llegó la mala noticia, Rosita G. se había disparado en la boca, no busco explicación a este tipo de fenómenos, ni quiero se me tilde de mentirosa o bruja, pero era la quinta vez que estas premociones del espíritu, se presentaban simplemente porque sí.

Recordé con terror la gran foto de mi bisabuelo, el Padre Rosal, colgando en el corredor de la casa, murió envenenado por un sicario a causa de una obra que escribiera en tiempo de Manuel Estrada Cabrera o la desaparición de la poetisa Dolores Barrutia, mi bisabuela: de quien decían había muerto en un convento de su natal Antigua Guatemala, víctima de la tortura de la “gota de agua” (una gota perenne que horadaba el cráneo) o había sido enterrada viva. Ambas torturas resabios de la inquisición.

Mi organismo desgastado ya por doce años de lucha clandestina, en 1967 colapsó.

Una idea de Lucio Vanini. “La historia se repite” encontró eco en el lapidario de Schopenhauer:

“Este mundo con todos sus detalles, hasta los más minúsculos, ha sido elaborado y aniquilado... y será elaborado y aniquilado infinitas veces”.

...Las recordé, pues parecían salir de los escritores como en tercera dimensión.

No podía seguir adelante si no me ayudaba primero a mí misma.

Abandoné el amado grupo de seres que me rodeaban para restaurarme física y espiritualmente, busqué un grupo de apoyo y retorné a la iglesia católica,





abandonada por su posición anticomunista y apoyo a los gobernantes “de facto”.


Para mi sorpresa, ahora buscaba otorgar a los pobres una opción preferencial, la Teología de la Liberación (no la de Castillo Armas, por supuesto) empezaba a tener auge. Algo gracioso sucedió, se me practicó un exorcismo. Después de haberme declarado atea, resulta que el demonio crecía en mí, es más, exigía que yo creyese en él. Según mis nuevas amigas se deformó mi rostro, hablé con tres voces diferentes y lancé cantidades de vómito dignas del record Guinness.

—¡Como en el Exorcista, vos! -me decían-


Yo no me enteré de la película sino tiempo después, casada ya y madre de cuatro hijos, la vi por mera casualidad. Fui catequista siguiendo mi gusto por la enseñanza y hace tres años, obtuve un diplomado en Ciencias Teológicas y otro como Agente de Pastoral en el año 2007.

Seguí escribiendo sin publicar nada, eran cuentos para niños o giraban alrededor de ellos. Actualmente, descansan en una gaveta que solo abro cuando quiero olvidarme de la condición de adolescentes de aquellos que conocí niños y reírme de sus travesuras e ingenio, al escribir esta última página sé cuan enfadados están conmigo, yo no juego, ¡Basta! Ni “gallinita que no ve” (gallina ciega) tampoco (policías y ladrones), solo cuando viene María José caigo en la tentación del póker). María Fernanda me reprocha por no acudir a su Spa (tiene 12 años ya). Sonrío, la vida es buena.





Antonio  
Fernández  
Izaguirre y otros  
amigos









**C**onocí a Tono cuando aún estudiaba en Belén, era alto, desgarbado, tenía en el rostro esparcidos varios lunares y un corazón de oro.

Escribía para El Estudiante con Carlos -el Turco- Castañeda), Mario Chávez y Edmundo Guerra; como consecuencia de esas actividades fue al exilio. Dejó en mi corazón una profunda tristeza y yo leía sus poemas con deleite.

“La grey que surge del lodo,  
no puede sufrir lo blanco”

Nunca fueron más ciertos estos versos con los cuales concluía una décima, (yo me inclinaba más por el soneto). Y en ratos de ocio le escuchaba repetir La décima Divina mientras su madre o la mía preparaban el almuerzo. Ambas habían sido compañeras de estudio, así que veía en él rasgos de un hermano mayor (mi primo y compinche ya se había casado) así que su partida me dolió; pues pese a la forzada separación nunca perdió la costumbre de llamarme “niña” y la conservó cuando, de regreso en Guatemala nos vimos en la facultad de Leyes, creo que él me ubicaría mejor en Humanidades.

Le conté un secreto: una señora que vendía tacos en el mercado Colón, madre de dos pequeños había sufrido un accidente al colocar leños debajo el comal y se había quemado, lo cual le causaba un dolor tan agudo que nos movió a Marta Aurora y a mí a brindarle una ayuda.

En casa mi abuela no se me dejaba acercarme al poyo de donde salían amenazadoras chispas, así que no era muy ducha (diestra) para encender





fuego alguno, la señora apreció mis esfuerzos y dijo con toda certeza

–Un día va a recibirse de abogado y nos defenderá a los pobres.

Tomé estas palabras como profecía y me prometí hacerlas realidad.

Pudo haberse reído de tamaña ingenuidad, pero no lo hizo. Acentuando este convencimiento acerca de mi destino.

Otras serían las rutas que me condujesen a luchar por mi pueblo. No las vislumbraba aún.

De momento siendo Tono presidente de la asociación El Derecho se inició la edición de la revista Lanzas y Letras, extraviada hoy en los vastos estantes de la Hemeroteca Nacional. Me uní al consejo editorial por presión de Otto René Castillo con quien llegamos a ser íntimos.

La reacción de las alumnas de grados superiores no se hizo esperar.

Solicitaron una sesión plenaria para que alguna de ellas ocupara el puesto de esa “Chiquilla estúpida”. Fueron tan ofensivas que estuve a un tris de complacerlas. Pero Tono habló por mí diciendo:

–Ninguna de ustedes tiene la cultura poética de Rosita, ella se queda. A mi lado, Ariel Déleon y Tono Móvil me incitaron a hacerlo, poco me conocían pero aceptaron mi compañía.

No creo haber conocido a otro ser más proclive a la vida bohemia que Antonio. Mi biblioteca por esa época no tendría arriba de tres mil volúmenes (leídos) y empezamos a intercambiar libros, no recuerdo que él trabajase en serio para nada que no fuese su poesía, a veces le molestaban sus amigos diciéndole

–¿Aún crees en la inspiración, vos?

Él se reía sin molestarse

Nos hicimos adictos a las ediciones piratas (que yo compraba, por supuesto) pues daban a veces giros insospechados a las obras originales del autor, recuerdo que disfrutamos especialmente leyendo El Horla de Maupassant. Me costó un quetzal y tenía ilustraciones tipo “comic”.

Un día cambió todo, no más días de vino y rosas. Le vi taciturno, reflexivo y su silueta cambió, parecía más fuerte aunque más delgado.

Intrigada fui a su casa, doña Aidita, su mamá, a quien no miraba hace varios meses se puso el dedo en los labios y me indicó que la siguiera hacia una habitación desocupada, Tono había improvisado un pequeño gimnasio a la guerrilla.

Para su mamá solo era una modificación de su carácter que le sorprendía pero le agradaba, nos miramos consternadas.

–¡Niña! -me dijo- ¡Que gusto verla!

Su saludo alegre tenía un tinte de tristeza que desmentía sus palabras.

–Pues vamos a cenar, tengo chuleta migada, véngase los dos

–Solo me baño mamá y me pongo algo decente -respondió-

Yo parecía tener los pies clavados en el piso.

-Adivinó mi secreto ¿verdad? -dijo- voy a la montaña pero no quiero que mis padres lo sepan. Acompáñelos a la mesa por favor, luego hablamos. Le asentí en silencio. Otro amigo perdido, otra familia desgarrada por la cruel lucha que nos asediaba.

Hablamos de política en general pero doña Aidita no se sentía cómoda, era una velada poco común.

Deseosa de salir avante despejando la tristeza le dije:

-¿Saben que una vez, cuando se ordenó la captura de los líderes de la Facultad para servir de escarmiento a todos los estudiantes de izquierda, lo que hizo este hijo de ustedes?

-No -dijeron ellos-

-Pues, que mientras estábamos entre "los más buscados" Tonito dispuso ir a ver Drácula al cine Reforma. Yo oí una risa nerviosa en la fila de atrás, esa primera vez que Chistopher Lee hacía el papel de vampiro, que de verdad fue excelente como movía los dedos -hice con los míos un signo aterrador en dirección a Tono- pero quedó tan asustado que lo tuvimos que venir a dejar acá.

-Se le olvida niña que sabe todo eso porque usted también estaba ahí -señaló Tono ruborizado-





-¡Que irresponsables! -dijo don Antonio-, riéndose a su pesar.

Después de ese día me abstuve de visitarlos. En una manifestación frente al Paraninfo le vi, marchaba al lado de Aura Marina A. Ella llevaba en un morral lo que decía eran piedras arqueológicas, el "pelotón antimotines" nos acorralaba, de tal suerte que acabamos corriendo sobre la doce calle, en la puerta de un restaurante y comenzó a lanzar piedras a nuestros perseguidores

-¡Hijos de puta! -grito-

El más agresivo se vino contra nosotros, los comensales gritaron y ello debió asustarle, lo cierto es que se retiró.

Cristy L., hija del dueño de la Casa Colorada, un café donde nos reuníamos compiló los versos de Antonio, deferencia que yo no tuve.

Años después apareció Tono en la casa de mi madre, venía de la montaña yo le abracé loca de alegría. Un gesto de dolor en su rostro me hizo soltarlo.

-Disculpe, niña, -susurró- son los colmoyotes, los colmoyotes eran larvas puestas por un insecto en los rebaños y habían encontrado un nido más cómodo



en la piel de los guerrilleros. Lo llevé a un médico de confianza sin preguntarle nada de su odisea.

“Si nada sabes, nada delatas! Era el axioma repetido por cada uno de nosotros.

Supe, no estoy cierta, que en Cuba o en ese otro exilio conoció a Sara, la hija de nuestro ex canciller Manuel Galich, con quien procreó dos hijos; también que había muerto, me consoló la idea que por fin había encontrado de exilio en exilio: La felicidad, su muerte ya no me fue explicada. Me basta con su vida para vivir en paz.

“Quien ha mirado la presente, ha mirado todas las cosas, las que ocurrieron en el insondable pasado y las que ocurrirán en el porvenir”

En 1957 se anunció la venida de Miguel Ángel Asturias, para esa época Rodrigo, su hijo mayor, ya se encontraba acá y por desavenencias en su casa o por afinidad prefería pasar el tiempo en la nuestra. Era sumamente afable y dispuesto a unirse a nuestras entretenciones, especialmente a la pesca en el lago de Amatitlán; bastante grueso no le sentaba traje de baño alguno, pero se reía a más no poder,

–Soy Loly el de la cintura de fuego -exclamaba- intentando hacer unos pases de baile en la orilla de un chalet desocupado. Jamás alguien nos impidió hacer uso de las instalaciones que lo rodeaban ni nos tildó de intrusos.

Un día nos comunicó su decisión de casarse con una joven boliviana a quien describía emocionado con estos versos del poeta español Alberti:

“Morena de altas torres,  
ojos altos,  
gran trago de mi vida”

Para tal efecto recibí un poder suyo, legalmente la representaría en sus nupcias. Este mandato me hizo sentir terriblemente honrada y expectante a la vez. Provenía ella de una familia de la oligarquía boliviana, temí que no congeniaríamos.

Pronto mis temores se desvanecieron. Era de una belleza poco común, como una princesa indígena, rasgos especiales suyos eran su altura (1.75 metros), la forma de usar el cabello (como de enloquecida, según sus propias palabras), un gracioso fleco caía sobre sus ojos que la forzaba a separarlo, como si se tratara de una cortina cuando leía algo que llamaba especialmente su atención.







Usaba guantes para ir a la playa porque el sol le causaba estragos en las manos por una alergia inexplicable.

Su pasión por hablar “el guatemalteco” y un vívido interés por conocer Guatemala y cómo trabajamos con la guerrilla, para comprender el sentir político de su esposo, me dio idea de la nobleza de su carácter.

Pasaron meses, justo cuando Rodrigo partía a Concuá para iniciar el movimiento de la guerra de guerrillas, llegó a mi casa

–¡La puta madre! -exclamó, dejándose caer en un sillón- Estoy embarazada.

No me impresionaba más su lenguaje, era un esfuerzo propio de su enamoramiento aplicar todas esas palabras “prohibidas” que escuchaba.

La miré con simpatía, Rodri se iba y ella quedaría con su hijo sin otra familia, más que sus amigos. Rodri en un esfuerzo económico sin límites había rentado un apartamento cerca del parque Colón, y aún cuando la mayoría de las veces almorzaban y cenaban con nosotros. Ella en compensación descubrió en sí misma una innata habilidad para cocinar y hacer compras en el mercado aun cuando al aguacate (le llamaba “palta” siempre, como en su país) estuviera caro.

Cuando nació el nene, Rodri le pidió que se le inscribiera como Sandino Asturias, él estaba preso en Salamá, mientras yo no podía creer que tanta desdicha se reuniera contra familia tan querida.

Recuerdo a Sandino vivaracho, parado en su cuna y tocando un timbre para que supieran que había despertado.

Rodri salió libre, muchos afirmaron que había influido en ello el prestigio de su padre o el hecho que Ydígoras Fuentes fuese su padrino.

No sé. El fracaso de este intento guerrillero era en gran parte debido a las condiciones del terreno carente de árboles, lo contrario de lo sucedido en Alta Verapaz, donde un frondoso abrigo verde cobijaba el paso de cualquiera...

¿Un error logístico? ¿Un fallo en el cálculo del éxito de la empresa? No sé. Incredulé a un estimado miembro del Comité Central del P.G.T. y solo recibí como respuesta una mirada triste y silenciosa.

Carlos Manuel Pellecer, quien se sabía había cambiado su posición política, había solicitado de mis amigos hospitalidad para una periodista norteamericana, de quien se supo luego que tenía nexos con el FBI... se les previno, pero hicieron caso omiso de tales advertencias ¿Jugó ella algún papel como delatora? No lo sé.

Me ordenaron que no los visitara por un lapso; lo que sería un alejamiento breve se convirtió en un incomprensible distanciamiento. La encontré una vez más: iba con “Chita”, la esposa de Marco V.. Me ruboricé. Le había fallado como amiga, tal era la dispersión de sitios a donde dirigía mis actividades políticas, ahora era parte también de una célula femenina donde podía, al fin trabajar con mi prima y Estelita, una muchacha ex reina de belleza de Escuintla. Me





enteré allí de uno de los casos de discriminación más atroces, acusada de infidelidad la primera esposa del hermano de Bernardo, nuestro Secretario General, le había sido prohibido participar en cualquier actividad política que se relacionara con el P.G.T., él se había vuelto a casar precisamente con Estelita, pero el baldón que pesaba contra su "ex" no fue levantado.

En un arrebato de amor patrio, un ocho de marzo se trepó sola a poner una corona en la estatua de Dolores Bedoya en la escuela del mismo nombre, por lo que fue reprendida severamente; mi prima, Estelita y yo protestamos, aun cuando el gesto de Estelita tenía un valor enorme por su calidad de esposa actual del "ofendido". Nos enviaron a un casi tarado miembro del Comité Central para llamarnos al orden. (Estelita le puso el mote de "El domador") para explicarnos los fundamentos "de la moral comunista" nos reímos abiertamente de él, las tres sabíamos cómo funcionaba el concepto de "amor libre" para goce de los hombres y la moral comunista para las mujeres.

Estelita se convirtió en nueva musa de Otto René Castillo y "algo parecido al amor" la hizo correr la misma suerte que la ex de su "ex".

Yo regresé al mundo de los escritores de donde me llamaron para integrar la célula femenina y, creo parte de mi Karma por pensar que tanto hombres como mujeres teníamos que vivir en igualdad de condiciones.



Escribiendo  
para Leonor









**M**arta Aurora, mi querida amiga, había llorado una vez camino a casa por una “propuesta indecente” que le hiciera Saúl O., futuro rector de la Universidad de San Carlos, ¿Quién era pues confiable y decente? ¿Teníamos que averiguarlo? En el largo camino de la “Dolce Vita” al estilo Fellini o limitarnos a ser el humillante “Reposo del Guerrero”.

Leonor vivía en lo que hoy es la zona 3, limitada por una silla de ruedas editaba la Revista Presencia, mostrando un temple admirable. Poseía un estilo de escribir que a veces me resultaba plañidero, impropio de la dignidad de la mujer revolucionaria, pero un incidente bastante chusco la hizo parecer preciosa en mi memoria.

Murió Juan Ramón Jiménez y no se le ocurrió nada mejor que enviarnos con Luz Méndez de la Vega a solicitar un artículo acerca del triste acontecimiento.

Ella se portó gentilmente con las perfectas desconocidas que éramos Marta Aurora y yo, nos citó para el día siguiente en la Facultad de Humanidades, su porte impactante en un vestido de seda negro bastante escotado hizo que viéramos nuestros jeans gastados con desprecio.

Regresamos al siguiente día y nos entregó un escrito, no pude evitar leerlo y no puedo dejar de pensar en él como algo bastante pobre hasta la fecha; literalmente me reí locamente en la camioneta que nos llevaba a casa de Leonor.

Pensé que por su tónica sería de agrado suyo, pero no fue así:

-¡Que hizo Luz! ¿Cómo voy a meter a Juan Ramón con un burro en el cielo? -gemía intensamente- volví a reírme como lo



hiciera interiormente.

–No te preocupés Leonor -le dije- si ya entró San Jorge con un dragón, un burrito no hará la diferencia.

Realmente estaba molesta por no haber sido escogida para redactar el artículo de marras.

Así lo entendió Leonor y casi se rió conmigo

–Leí los poemas que me dejaste, realmente son muy buenos, los imprimiré en la próxima edición de la revista.

Esperaba algunas palabras de gratitud que no pronuncié.

Marta Aurora me codeó, con actitud amenazante se acercaba a nosotros una mujerona, revolucionaria a más no poder y siempre íntegra. Solo recuerdo su mote: “La KingKona”.

–No deberían enojar a la compañera Leonor solo porque son bonitas.

Si hubiera podido moverme, hubiera corrido ¡piensa, piensa! Le gritaba a un cerebro incapaz de hacerlo.

Oí mi propia voz saliendo dulce y agradable:

–No creemos ser bonitas y no es culpa nuestra que Leonorcita esté enojada.

–Si lo son -afirmó ella- no podía interpretar si se refería a nuestro físico o al disgusto causado.

–Mire compañera -proseguí con un tono que equivalía al grito ¡No maten al mensajero!

–Usted tiene unos ojos bellos y sus pestañas son rizadas y le quité los lentes, sin la pintura nadie me diría algo así:

–¿Usted cree? -me preguntó con ingenuidad la compañera-

Envalentonada proseguí:

–¿No ha oído el refrán: “con ojos bellos no hay cara fea”?

Creo que fue una de las cosas más dulces que había escuchado, sonrió y me ofreció su enorme mano, había ganado una amiga y, sobre todo había permitido que mi corazón usara los labios para buscar una verdad grandísima, no hay mujer fea si posee un alma capaz de amar.

# Epílogo

**I**nicialmente mi esposo bautizó este libro como Fragmentos de una Historia sin fin, no se trata entonces, de una autobiografía cronológicamente estructurada y con un final definitivo...

Nos pareció justo dejar espacio para que otras personas, que directa o circunstancialmente fueron afectadas por los treinta y seis años de guerra fratricida en Guatemala, pudieran incluir sus vivencias.

Esos mártires poseían un rostro y un carácter definido que no se diferenciaba mucho de aquellos muchachos que a diario conocemos, pudo ser el vecino de al lado, los jóvenes jugadores de pelotas de trapo, la chica más popular del vecindario o también alguien con quien compartimos piñatas de cumpleaños. Creo que lo más importante es saber que los personajes de estas historias crecieron y se formaron dentro de familias afectuosas. Que el tiempo, y las circunstancias históricas hicieron de ellos luchadores incansables por la justicia y la dignidad de un pueblo entero.

Cada página escrita no es una fría crónica, es un ser vivo a quien vale la pena reconocer.

A veces recorro a la anécdota para mostrar la intimidad de ese espíritu que solo la violencia de la fosa común pudo silenciar.

Si la paz trajo la posibilidad de esclarecer las consecuencias de la represión que se dio en Guatemala a raíz de la invasión de 1954, es tarea de todos, no permitir que el olvido distorsione un pasado ya invulnerable...

Recordar es ilícito, es el nexo que nos une a ese pasado ya invulnerable... Recordar es lícito: es el nexo que une a los muertos amados, con la vida de sus deudos es la historia patria.

Ha de enseñarse en el aula por los docentes a los educandos de toda edad y toda etnia o credo religioso.

Como maestra me siento satisfecha de lo escrito, como testigo veraz aún me duele la violencia intimidante, los años atroces, los daños no restaurados. Sobreviviente de tales hechos, me doy por bien servida si cumplo la función de anunciar y denunciar lo acaecido.







